

# LA CANCIÓN DEL MORROCOYO



berto Omar

de inventarios de bolsillo

serie: inventarios de bolsillo  
(*narrativa*)

LA CANCION DEL MORROCOYO  
*de* ALBERTO OMAR



*serie: inventarios de bolsillo*

Primera edición, mayo 1972

(*La canción del morrocoyo*, de Alberto Omar, Premio de Edición del premio de novela "Benito Pérez Armas", patrocinado por la Caja General de Ahorros de Santa Cruz de Tenerife)

*Copyright*

de la segunda edición, mayo 1973

- © Alberto Omar
- © Inventarios Provisionales Editores  
c. Carvajal, 3, portal 3, bajo  
Las Palmas de G. C.

ISBN 84-7307-025-9

Déposito Legal: G. C. 193 - 1973.

Cubierta de Santiago Alonso  
Fotos de Sabela Torres  
Dibujo del interior de Yamil Omar

Impreso por la Imprenta Pérez Galdós,  
c. Pérez Galdós, 51 :-: Las Palmas de G. C.

Impreso en España  
*Printed in Spain*



**ALBERTO UMAR**



P.R.

CANARIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
LAS PALMAS DE G. CANARIA  
N.º Documento 109491  
N.º Copia 624124

# la canción del morrocoyo

PREMIO GALDOS 1973  
DEL EXCMO. CABILDO INSULAR DE  
GRAN CANARIA



**INVENTARIOS PROVISIONALES**

Las Palmas de Gran Canaria, 1973

*A Mikita, pequeñita y frágil  
como una figurita de biscuit, que  
se fue casi sin avisar.*

*Y a todas las tortuguitas del  
mundo.*

¡Fíjate en este pórtico, enano! Tiene dos rostros.  
Dos caminos reúnen aquí: nadie los ha seguido  
hasta el final.

Esta larga calle que desciende se prolonga du-  
rante una eternidad; y esta larga calle que sube es  
otra eternidad.

El nombre del pórtico está inscrito en su fron-  
tón. Este nombre es: Instante.

NIETZSCHE: *Así hablaba Zarathustra*

*Miramos el presente en  
un espejo retrovisor.  
Entramos en el futuro  
retrocediendo.*

MARSHALL MCLUHAN

*...polvo serán, mas polvo enamorado.*

FRANCISCO DE QUEVEDO

La humildad se apoderó de los labios de Ezrael Román cuando se vio obligado a apretarse el ombligo con el dedo índice de la mano derecha. Una salva de cortos y seguidos eructos empañaron de movimientos sísmicos la monotonía de su cuerpo. Descansó un poco antes de pegarse sobre el pecho abultado tres golpes, toc, toc, toc, que le anunciaron la imposibilidad de nuevos eructos. Se quedó tranquilo. Otras tres veces había sentida mayor alivio al soltar la carga que le oprimía las paredes exteriores del intestino, pero ahora solo estaba tranquilo. Cogió varios cojines del suelo y formó un pequeño nido en el sillón de orejas; luego, valiéndose de las puntas de los pies, se quitó los zapatos y los lanzó de una patada bajo la cama. Desabrochó los botones de los pantalones, sacó la camisa fuera y la tiró sobre el viejo alfamar. Hizo lo mismo con los pantalones y los calzoncillos, y luego se sentó en el ahuecado sillón de orejas. Sólo se quedó con los calcetines grises y con la corbata de rayas rojas y azules. Y entonces fue cuando empezó a sentir los primeros vahos de libertad. Estiró el cuerpo y alcanzó con la punta del dedo grueso del pie izquierdo la ruedecilla de encendido del aparato de radio. El ojo mágico del receptor parpadeó



unos segundos y luego tomó un color azul intenso. A Ezrael Román le encantaba mirar fijamente el parpadeo nervioso del ojo mágico. Esperó a que se calentara el aparato. Oyó la voz del locutor... Música... Renacimiento... viola... laúd... Anónimo... "Pastorella"...

Su cuerpo comenzó a relajarse hasta que tomó la forma del sillón de orejas. Entornó los ojos y se dispuso a entrar de lleno en el sopor de una larga siesta de más de hora y media.

—El ventilador!— Se armó de fuerza y saltó de un golpe. Tiró del interruptor del ventilador y volvió con la misma rapidez a la cluequez del sillón de largas orejas y negras ojeras.

Cerró los ojos y estiró el cuerpo como un tabla. Al principio no le quedaba más remedio que hilvanar pensamientos, medio descompuestos, huérfanos de sentido, hasta que cayera al fin en un profundo sueño. Era la costumbre en que se sentía verdaderamente libre dueño de sí mismo.

Sin abrir los ojos, casi sin moverse, trabajosamente comenzó a quitarse los calcetines. Era otra costumbre que comenzara años atrás, cuando se tomó la libertad libérrima de dormir la siesta. Los pies, si se reservaban de tomar contacto, durante algún tiempo, con el frío del suelo, le evitaban despertarse con resfriado. A veces, él mismo, Ezrael Román, dudó del amparo que le proporcionaba dejarse los calcetines para el final, pero un algo, no sabía qué, le reafirmaba en su creencia. Pero nada de eso pensó Ezrael Román; por el contrario, aún mantenía su mente en blanco, aunque poco tardarían en aparecer los pensamientos.

"Hoy no me ha llamado mamá". "No, no me ha llamado".

Qué sonrisa más estúpida. Le hizo gracia el primer pensamiento de la tarde. Su madre había muerto hacía ya años.

“¡Pero qué diablos! ¿No sale este calcetín? Verde, siempre el color verde, estoy harto del color verde. Maldito uniforme, un día lo quemó y... me van a oír”.

El calcetín se lo había quitado hacía rato; ahora tiraba de la piel, pero se resistía a salir así como así. De un golpe brusco tiró los pies hacia fuera de la piel. La costumbre de no mirar.

“Parece que estuviera pegado a la carne”.

La siesta era sagrada, no admitía esfuerzos físicos, y el otro calcetín...

“Tú... Tú te quedas donde estás. No protes. Te callas”. Siempre la misma cantinela. La sangre hizo un charco alrededor del pie derecho. Se coaguló y formó un emplasto. El pie: un obelisco en medio de una plaza de rosas rojas.

“Narciso es un jediondo, mira que haberle llevado el periódico al jefe como si hubiese sido él. Allá él...”.

“Yo, lo dejo. Es preferible ignorar a un tipo así. Y cree que te la pega”.

Inconcebible: se había subido a la lámpara del techo y tejía y destejía un chaleco para su amigo Praxes Dato.

En un minuto había hecho y deshecho el chaleco siete veces. ¡Es envidiable!

“¡Mamá!, ¿tú aquí?”

Se cubre rápidamente el sexo con la corbata. “¿Por qué no avisaste? Te habría ido a buscar al cementerio”.

Pero, ¿qué juego es este? ¡Ya no me gusta!...

Se ríe. Ahora se ríe descaradamente. No ve a nadie, sabe que su mamá no está con él y miente.

“Hoy estoy vulgar”.

¡Chúpate el dedo!... Si al menos bajara de la lámpara...

“Me duele la barriga... Quiero agua con limón”. Desde lo alto de la lámpara, casi pegado al techo, escudriña la habitación. ¿Qué busca?

“Quiero agua y limón. Agua para el plasma, limón para los órganos”. ¡Baja! “No”. ¡Te daré agua con limón “¡Enséñamela!” Te cantaré un cuplé. “Quiero agua con limón”. ¡Zorro! “Me suicido. Mierda, crees que no soy capaz?” Absurdo; baja. “Ahora voy y me suicido. Ya verás lo que vas a rabiar”. Puta... Coge la corbata. La ata de la primera argolla de la lámpara y se deja caer. “¿Lo ves?”.

Pues sí. Se ahorcó. Un trozo de aire, viento entrometido, entra por la ventana, viene derecho a Ezrael Román. Ezrael Román se pendulea. Se pendulea. ¡Qué bestia! ¡Cómo se pendulea, yo no lo haría mejor!

“Pago el autobús y luego me dice, el muy berrendo, que tengo que pagar el autobús, le dije, soy educado, muy educado, en, con los escolapios, yo pago religiosamente mi billete... No sé, yo lo tenía aquí”.

Mientras se pendulea, cogido por el cuello, de la corbata afianzada del cuello de Ezrael Román, atada allá arriba de la primera argolla de la lámpara, Ezrael Román piensa en alta voz. Y está ahorcado, lo juro por esta.

“Se tuvo que haber volado. El viento. La ventana la abrió la señora. No, no señora, usted no tiene culpa alguna. Las ventanas están para que sean abiertas. Y usted la abrió ¿Es usted viu-

da? Curiosidad. Y la señora abrió la ventana y entró el viento. Y el viento se lo llevó. ¡La vio usted? Preciosa película. La pobre. Olivia de Habitan. Sí, hermana de Vivian Heitt. No, Olivia de Habitan se casó con Laurence Olivier. Sir, si señor. A lo mejor el billete es ese que está ahí a sus pies. No, no es. Qué pena. ¿Cuánto? ¿El doble? Tururú. Qué tururú. Yo pagué mi billete a ese señor de cara de muro. Si, ese. Y la señora viuda me vio pagar. Ah, ¿no es viuda? Lo siento, digo que es mejor así”.

Ezrael Román había entrado en el autobús. Había pagado su billete y lo perdió. Luego vino el revisor y le hizo pagar el doble. Ni señora viuda, ni Laurence Olivier, ni nada.

“Y no le pago porque no quiero. Y ya está. Porras... He dicho porras... Bueno, bueno, no se preocupe, todo queda olvidado. Bien, bien, no es necesario que me lama los pies. ¡Zape!”.

El viento había entrado por la ventana, sacudiendo el cuerpo inerte de Ezrael Román, y se fue por la ventana de atrás. Así de rápido. Ezrael Román solo se penduleó seis segundo, ¡pero qué penduleo! ¡Qué perfección! Se paró. Irremisiblemente se había parado.

Se había movido el grueso de un papel de celofán y había logrado hincar su cuerpo un poquito más en el sillón de largas orejas, corta nariz y negras ojeras. Su mano izquierda comenzó un lento andar en busca del calcetín izquierdo. Baja, cruza, se esmera, suaviza y encuentra al fin. Tira duro y corto y se queda con el calcetín verde del

pie izquierdo, en la mano gris del brazo izquierdo del cuerpo de Ezrael Román.

**Locutor.** — Música... vihuela... Corte de Carlos V... O Lux Beata Trinitas...

“Ese ventilador no funciona. Si me duermo las voy a pasar verdes, y cuando me levante tendré que hincharme con bicarbonato”.

Qué espectáculo. Ezrael Román totalmente desnudo, sólo con una corbata, virada para arriba, tersa y cruel, y un calcetín verde en su pie izquierdo. Pobre Ezrael Román, nunca tuvo buen tipo, y en esa posición, tan congestionada, parece tenerlo peor. Sin embargo, el morado le sienta muy bien. Con un poco de esfuerzo mental puede pensarse que se había ahorcado con un sayo puesto. El color semanasanta del cuerpo convulso de Ezrael Román pare dos tambores y una saeta.

¡Cataplaf, plif, pluf! ¡Tres moscas al otro mundo!

“Y encima moscas. Me obligan a hacer ejercicio. Esto no es una siesta ni mierda que se le parezca”.

Quiere darle rienda suelta a sus pensamientos. Que se desboquen; pero tiene bien agarrado el bozal. Quiere pensar y no puede. El ventilador no funciona. Tres moscas pegadas al cuerpo. El locutor no pasa de la misma cantinela. Simplemente, quería siestearse, y no puede. Algo se lo impedía y muy cochinamente.

“Pues o hago la siesta o me ahorco”.

Y hablaba en serio, ¡vaya si hablaba en serio!

- ¡Ezrael!  
 —Señor, dígame.  
 —Termine pronto con eso. No olvide sacar el cubo con el agua sucia. Hace muy feo eso ahí.  
 —Sí, señor hace muy feo.  
 —¡Pues venga, rápido! ¡Avive el seso y despierte!

Ezrael Román se agacha perezosamente. Coge el cubo verde con agua sucia y se va rezonando.

El jefe le grita del otro extremo del pasillo.

- ¿Qué habla por lo bajo, Ezrael Román?  
 —No, nada, señor. Pensaba.  
 —¿En alta voz?... ¡Avive el seso y despierte!  
 —Tan callando.  
 —Pero, ¿qué dice?

Ezrael Román: sonidos guturales. Incomprensibles. Diríase que deseara entonar alguna canción.

- Taraplán, cuahuca, percapeca, marcoha, vihiquitipacaloca, marfahuaca, quipa-

rroha, jordamancas, Gulcarrela, dura, dura, dura...

—¡Ezrael Román!

—Diga, señor.

—Venga aquí. Acérquese. Ande, rápido. Qué cachaza, madre.

Ezrael Román está ahí, en pie, frente, al lado mismo del jefe. El jefe no era malo. Solo que era jefe y él lo sabía. Quién quizá se negara a admitirlo era Ezrael Román.

—¿Fuma usted? ¿Quiere un cigarrillo?

—Después de hacer la siesta fumo medio cigarrillo.

—Bien, solo quería decirle una cosa. ¿Por qué se empeña usted en ser algo que no podrá serlo jamás? ¿Eh? Canta y no sabe cantar. Quiere hablar y le salen cuchufletas. ¿Ha pensado usted alguna vez en lo serio que es eso?

—Cuando hago la siesta pienso, y es entonces cuando me doy cuenta que no existo.

(Al fondo se proyecta una filmina con el rostro de Descartes).

—Pensamientos de altura... Pero yo solo quería decirle que usted es un inadaptado. Que debe encontrarse a sí mismo. Fantasea usted mucho. Las cosas son o no son. Usted está aquí conmigo o no lo está. Usted limpia los suelos y las ventanas de la oficina y yo ordeno, vigilo y amparo la buena marcha del negocio. ¿Está claro? Es decir, usted tiene unas

obligaciones. Yo tengo las mías. Usted tiene que cuidar de la limpieza de los suelos, y nada más. No se le pide a usted otra cosa. ¿Me entiende, Ezrael Román? Todo es elemental. Si no fuera así usted sería el jefe y yo haría de freganchín. ¿Entendido?

—¡Ajá!

—Vaya, siga usted en su trabajo y guarde sus ilusiones para la siesta.

Ezrael Román era incapaz de pensar mal de su jefe. Le había escuchado con tanta parsimonia que tuvo tiempo suficiente de entender lo que el jefe le había dicho. Y el jefe tenía razón: el jefe es el jefe y Ezrael Román es el freganchín de la oficina. Solo que Ezrael Román no estaba conforme con solo ser el freganchín de la oficina. Es decir, no le importaba seguir siendo toda su vida un limpiasuciedades, pero esperaba que no pensasen todos que por ese simple accidente él debía estar fuera de otros quehaceres, cantar, suspirar, y leer a Shakespeare en inglés, “que es como en realidad había que leerlo”.

Hamlet enters, in deep dejection

*Hamlet:* To be, or not to be, that is the question,  
Whether 'tis nobler in the mind to suffer  
The slings and arrows of outrageous fortune,  
Or to take arms against a sea of troubles,  
And by opposing, end them. To die, to sleep—  
No more, and by a sleep to say we end  
The flesh is heir to; 'tis a consummation  
Devoutly to be wished to die to sleep!  
To sleep, perchance to...



“¡Repuñetas!”. Las moscas se habían pensado que él era un panal de rica miel. Cientos de moscas habían entrado por la ventana conducidas por un buche de viento y pululaban, volaban, zumbaban, pinchando, atrapando, mordiéndolo todo. El cadáver de Ezrael Román, desnudo, de color amapola, se tornaba negro y esponjoso, vivo. Todas las moscas quedaron presas de patas en el cuerpo ahorcado de Ezrael Román. Miles de diminutas alas aletearon desesperadamente en intentos infructuosos de retornar sus cuerpecitos a la libertad. Mientras las alas batían al unísono, y el cuerpo de Ezrael se lanzaba a un nuevo penduleo, las trompetillas voraces, de las moscas impúdicas, se enganchaban en una frenética orgía antropofágica.

—¡Don Ezrael, abra usted la puerta que ya es la hora!

Toc, toc, toc.

—Don Ezrael... ¿me oye? ¿Está dormido? Voy a entrar. ¿Me oye? Haga el favor de tapar sus interioridades que voy a entrar.

Toc, toc, toc.

—¿Don Ezrael?...

Toc.

Giró el manillar de la puerta y entró una vieja en la habitación. Doña Lucía, la vieja, tenía unos ojos muy pequeños: de caviar. Dos moscas negras, negrísimas, en las cuencas orbitales de doña Lucía.

—¿Dónde está usted, don Ezrael?

Primero miró abajo de su nariz, luego para arriba de su moño y alcanzó a ver un bulto negro y vivo que, colgado del techo, soltaba un sonido semejante a tren ert 300.

—Pero, ¿qué hace eso ahí?

Cogió bien fuerte, con sus dos manos, la escoba quita - arañas y sacudió, como a una estera, la negra estalactita.

La suciedad, las moscas, cayeron de golpe. Se desprendieron del cuerpo frío de Ezrael Román, y formaron en el suelo una gruesa y mullida alfombra negra. Las alas aceleraron su latir. Parecía que el ventilador había entrado por fin en juego.

—¡Santo cielo, don Ezrael Román. Pero, ¿qué hace usted ahí ahorcado con su corbata nueva? ¡Nuestra corbata! ¡Y en cueros! ¡Bájese de ahí!

Ezrael Román tuvo que hacer un gran esfuerzo para hablarle a la vieja desconfiada. A lo peor pensaba que estaba haciendo alguna impudicia.

—¡Me ahorqué!

—¡Se baja usted, don Ezrael Román o llamo a mi marido!

—¿Pero doña Lucía, no vé usted que estoy ahorcado?

—Menos juegos y baje de ahí. Tenga una toalla y tape esas vergüenzas.

¡Vamos, que doña Lucía no entraba por el aro!

- Yo ya soy muy vieja. Creerá usted, don Ezrael Román, que me puede engañar. Mi pobre marido, que en paz descanse, me lo dijo: ¡Cuidate de un hombre desnudo, es un lobo hambriento! ¿Cómo quiere usted, don Ezrael Román, que desoiga las últimas palabras de mi moribundo? Y a mis noventa años ya no estoy para esos trotes. Eso era antes. Pero, ¿se baja o no se baja?
- ¿Cómo quiere usted que se lo diga, doña Lucía, cantando? Estoy ahorcado, pirum-piripimpón, ahorcado, tarachuda, merca-chofla, ahorcado, maracucha, cataplom. Ahorcaaadooooooooo.
- ¡Sinvergüenza! ¡Niñato! ¿Qué se ha creído? ¡Ahora verá!

Doña Lucía, la muy vieja, la de los noventa años cumplidos el ocho de mayo de mil novecientos setenta y dos, echa mano de su faltriquera. Saca una bolsita diminuta y rasga, con sus manitas arrugadas y temblorosas, el casido que ella misma le hizo con hilo verde treinta años atrás, la misma noche que su pobre marido había muerto. Saca un dedal lleno hasta arriba de un polvillo negruzco, dos dientes de león y una pluma-reliquia de una de las alas del Angel Gabriel. Vierte el polvillo negruzco en el huequecito de su manita izquierda y pone los dos dientes de león formando una cruz sobre el polvillo, luego, acaricia con la pluma - reliquia del ala derecha del Angel Gabriel el dorso de la mano ahuecada.

¡Puñetas, milagro!

La vieja zarpeta se ha convertido, por arte de caparachola, en una tremenda mujer de senos tersos y piel bronceada por los vientos del siglo XVI.

Ezrael Román ve aquello y siente deseos de caerse para atrás.

—Solo tenemos quince minutos de tiempo. He robado el cuerpo durmiente a la Princesa Dácil y tengo que devolvérselo antes que despierte. Si despertara y se encontrara encerrada en mi cuerpo carcomido, el absurdo afloraría a la realidad.

Ezrael Román aún tuvo fuerzas, ahorcado, para llevarle la contraria a doña Lucía a pesar de su forro nuevo.

—La realidad es un absurdo, no vendría nada mal que una princesa se diera cuenta de ello.

—¡Déjese de teorías y baje! ¡Sólo nos quedan doce minutos! ¡Baje! ¡Recoño!

Ezrael Román no tiene por qué hacerse rogar más y baja. Desata la corbata de rayas verdes y azules y cae en el sillón de largas ojeras y negras orejas. Luego agarra por la cintura el cuerpo desnudo de la Princesa Dácil y se lo lleva al sofá cama.

Nunca se había dado tan perfecta mezcla en una mujer: el cuerpo de una doncella: Princesa Dácil, y la experiencia de 90 años: doña Lucía.

Ezrael Román, el ahorcado, en su lecho de ahorcado y afianzado, empotrado, en el noble cuerpo de la hirviente princesa guanche, sólo atina, entre maravillado y convulso, a repetir, incesantemente, durante doce minutos, cortos y eternos minutos, las mismas palabras:

—Te amo, doña Lucía. Te amo, doña Lucía...

Ezrael Román trabaja en la oficina todo el día. Friega los suelos, cristales, escaleras, limpia de polvo las mesas, lámparas, sillas, los rincones y hasta da brillo a los pomos de las puertas.

—Señorita Renata, ¿podría usted retirar las... piernas que voy a recoger la papelera?

—¿Eh?

—La papelera... sus piernas.

—¡Ah, sí! Perdone, señor Román. Me distraigo.

—Muchas gracias. Perdone que la moleste.

Ezrael Román no se agacha en busca de la papelera. Habla y se queda de pie, sin moverse, donde está.

—Siempre usted tan amable, señorita Renata.

—¿Eh? ¿Decía... señor Román?

—Hablo de su amabilidad

Las piernas de Renata no se han movido. Renata es taquimecanógrafa. Las taquimecanógrafas tienen la obligación de seguir escribiendo, sea de día o de noche, se mueran o no. Pero nada, ni nadie, impide a Renata que hable.

—¿Mi amabilidad?

—Sí, su amabilidad para conmigo.

—¡Ah!

Ezrael Román está algo agachado. Su cabeza se encuentra a la altura de los senos de Renata.

—¿Recogió usted la papelera, señor Román?

Ezrael Román sigue descendiendo lentamente.

—Señorita Renata, ¿por qué no me llama usted Ezrael a secas?

A Ezrael Román, cosa extraña, siempre le van las posturas incómodas. Ahora casi toca su calva los tobillos de Renata. Parece parado.

—¿Por qué no me llama Ezrael?

Renata, que es taquimecanógrafa, siempre mira al frente: a la máquina o al bloc. Puede hablar pero nunca mover sus ojos de las órbitas.

—¿Ezrael? No está mal... pero su apellido me agrada. Román, ¿no es así?

—Román. Ezrael Román.

—¿Sabía que Román en francés es novela?

Ezrael Román duda antes de contestar. Su calva roza muy suavemente la media derecha, gris claro, de la pierna derecha de Renatita.

—Sí...

—¿Lo sabía?

—No.

—¿No sabe francés?

—Sólo leo inglés, pero no lo entiendo. Leo a Saquespeare.

—¿A Shakespeare?

—Sí

—¡Ah! ¿Y lo entiende?

—No.

—¿Por qué lo lee entonces?

Ezrael Román levanta un poco el rostro y besa suavemente la rótula derecha del pie izquierdo de Renatita. La niña ni se inmuta. Ezrael Román, todo besos diminutos, cortos y rígidos, sube y baja a lo largo del pie izquierdo de Renata.

—Ezrael...

Ezrael se detiene. Su rostro está rojo, sudoroso y brillante. Mueve la mandíbula produciendo chasquiditos y dejando discurrir por entre la abertura de su boca un débil hilito de saliva. Ezrael Román se detiene. Mira a Renata.

—Ezrael... no hagas más el imbécil.

—Déjeme salir, jefe, déjeme salir que no aguanto más. Ya no es solo el dolor de la muela es que estoy ardiendo en fiebre.

El jefe miró fijamente a Ezrael Román. La verdad: no era un empleado modelo, pero si estaba enfermo...

—Está bien, pero mañana vuelva totalmente restablecido.

—Gracias señor, muchas gracias. Se lo prometo.

—¡Zape! ¡No tiene por qué lamerme los pies!

—Gracias, muchas gracias.

—Ande, ande, vaya al dentista y hágase extraer esa muela podrida. Y haga buches con agua y limón.

—¿Es bueno eso?

—Por supuesto, el agua con limón es lo mejor que hay para todo. Es el elixir de la vida. Quizá eso haya sido su mayor tragedia, Ezrael Román, el no haber hecho buchitos de agua con limón desde tierna edad. Aunque es posible que usted esté aún a tiempo.

—¿Lo cree así, señor?



—Bueno, no sé, podía probar. Ande, salga de una vez.

—Gracias, señor.

—Vaya, vaya, y tenga cuidado con los coches al cruzar la calzada.

Ezrael Román abre la puerta de la oficina con una delicadeza casi femenina. Suavemente pisa uno a uno los escalones de la escalera, y baja hasta la calle. La calle de los Sauces es sucia y estrecha, pero a Ezrael Román le parece la Gran Vía en madrugada. “¡Libre como una mariposa sin hogar”! Se da dos golpecitos en el cachete derecho, lugar donde debiera tener la su-puesta muela decrepita y sonríe pícaramente.

“¡Vaya mentira! ¡Se la tragó! Estoy hecho un actor genial”

El jefe tenía fama, ganada a pulso, de sabérselas todas, de verlas venir a diez kilómetros de distancia, de cazar al más espabilado. Y Ezrael Román se la pegó pero bien fuerte.

Mira a un lado y a otro de la calle de los Sauces y toma a la izquierda, desembocando en la calle de Villa Diego.

“Lo estaba necesitando. No podía más. Otro día sin pisotear la calle a voluntad, libre de horarios, y me habría vuelto loco”.

Ezrael Román no mentía. Doy fe. Nunca dijo una mentira para beneficiarse. Ni de niño siquiera dijo un embuste. No es que fuera un mandamiento de su moral particular, simplemente que no pasaba por mentir. “Me salen ronchas si miento”, le dijo una vez a doña Lucía, cuando ésta le había preguntado la edad. “Treinta y dos años cumplo el ocho del próximo mes de mayo”. Doña Lucía le había respondido con un mohin de incredulidad. Ezrael Román, la verdad, no parecía tener treinta y dos. Calvo, con bigote, oje-

ras, tez morena, pequeñas arrugas en la cara con un rictus en la boca, entre guasón, pero siempre tenía falta de afeitado.

“Pues hijo, yo le había echado de cuarenta a cuarenta y cinco”. Ezrael Román había sonreído amargamente, tanto que su rostro cobró una dimensión similar a una careta china. Doña Lucía habiendo visto la expresión del rostro de Ezrael Román, no pudo evitar un comentario, entre asombrada y envidiosa.

“—¡Pero, qué amargamente sonrío usted, don Ezrael Román. Sonriendo así se podría ganar la vida pero que muy holgadamente. Un primo mío, que en la gloria esté, estuvo muchos años exhibiendo por los pueblos su sonrisa de conejo. Ni los mismos animalitos lograban hacerlo mejor. Ganó mucho dinero”.

“—¿Y usted, por qué no se va a la puñeta? ¿Eh?”

“Un día de estos, cuando pueda, le mando al jefe un sobre anónimo con las cien pesetas de hoy. No quiero tener cargos de conciencia”.

Caminaba tranquilamente, sin preocupación, con las manos en los bolsillos y con el baile continuo de una sonrisa cosquillosa en los labios. Era tal la felicidad que sentía que se poseyó de deseos de quitarse la ropa y quedarse en cueros en medio de la calle. Y lo hizo. “Me tomarán por loco, o por un sádico”.

Anduvo indeciso hasta que algo llamó fuertemente su atención.

Quedó hipnotizado por el brillo brutal de una montura de platino con incrustaciones de brillantes. Hipnotizado, ya no sentía la felici-

dad de momentos anteriores. Se sacó un zapato y golpeó duro contra el cristal del escaparate de la joyería. Metió manos avariciosas. Luego bordeó la locura, rompiendo en locuaz carrera.

Se detuvo. Ni un ruido. Ninguna señal de alarma. Los transeúntes seguían su camino en la mayor de las normalidades. Ni la desnudez, ni el robo habían llamado la atención.

Ezrael Román miró sus manos. Las joyas parecían cientos de estrellas mortificantes, machaconas, con su luz. Se estregó el cuerpo y la cara con los cristallitos multicolores. Ezrael Román se tornó caleidoscopio viviente. Las piedras, los metales preciosos, aullaron desconsolados y vomitaron fuego, luego parieron carbono de 14. Gritó. Gritó cuanto le permitió su garganta.

—¡¡¡Soy el rey de la luz, quien se me acerque quedará cegado por mi brillo!!!

Un señor bajito con perro se acercó al oído de Ezrael Román y le habló muy quedo.

—Amigo, ¿es usted loco?

—Soy un caleidoscopio, respondió Ezrael Román consciente de su brillantez.

—Y ¿cómo se explica usted eso, señor... caleidoscopio?

El señor bajito con perro parecía más un psiquiatra que un transeúnte filántropo.

—Las piedras preciosas, las joyas, me han ungido con sus atributos.

—¿De qué piedras habla, amigo caleidoscopio? No veo ninguna.

—Las que robé.

—¿Dónde?

—En esa joyería de la esquina.

—¿Cuál?

—Aquella.

- ¿Esa?
- Sí, esa. Rompí el cristal y me llené las manos de luz y brillo.
- El cristal está entero. No se ve ningún roto.
- ¿No?
- No.
- No es posible.
- Véalo usted mismo. Venga, acérquese. ¿Lo ve? Toque, toque... no está roto.

Ezrael Román estaba extrañado. Aquello era una broma.

- ¿Me está tomando el pelo?
- No, aseveró el señor bajito con perro.
- Entonces, ¿qué ha pasado?
- Pues, amigo... ¿cómo se llama usted?
- Ezrael Román.
- Pues, amigo Ezrael, ha vivido usted unos momentos de alucinación. Eso es frecuente en nuestra época.
- ¿No he robado entonces? ¿Ni enseñé mi desnudez?
- Le veo vestido.
- ¿Ni... soy un caleidoscopio?
- A mí no me lo parece.
- ¿Y qué hago yo ahora?
- ¿Por qué?
- Creí haber encontrado una solución.
- La solución es muy sencilla de encontrar. Una sogá.
- ¿Una cuerda?
- Sí, una cuerda al cuello. Yo hace muchos años que la tengo. Mírela. Por ahora está atada al cuello de mi perro. Si un mal día no me gusta la reunión abro la puerta y me marchó.
- ¿Cómo en un guateque?
- Exacto. Cuando no me gusta la reunión,

abro la puerta y me voy. El perro me sirve de disculpa. ¿Entiende usted?

—No mucho.

—Verá usted... ¡Lorry! ¿Lo ve? Me quiere. Me lame porque me quiere, a pesar de tener una cuerda al cuello.

—¿Y por un perro que le quiere no se hace usted el nudo de la corbata?

—Eso es.

El hombre bajito con la cuerda y perro cruzó la calle, dobló la esquina y desapareció de la vista de Ezrael Román.

Ezrael Román quedó absorto, pensando en las últimas palabras del hombre bajito con perro y cuerda.

“Una corbata de rayas rojas y azules. ¿Será lo mismo una corbata?”

- Doña Lucía, ¿me deja usted que le ate la corbata al cuello? ¡Como no tengo perro!
- Pero no me apriete usted mucho el nudo, no sea que me ahorque.
- No se preocupe. ¿Por qué no me lame un poco? Ande, lámame.
- ¿Así?
- Puede pasar. Ahora ládreme que me quiere.
- ¿Que le ladre que le quiero?
- Sí, una vez al menos.
- Bueno, si es solo una vez.
- Cua, cua, cua, cua.
- Basta. Me desagradan sus ladridos. Pero si no hay perro qué le vamos a hacer. Echese aquí, a mis pies. Así.
- Y, ¿cuánto me va a pagar usted por esto, don Ezrael Román?
- Doscientas pesetas al mes.
- ¡A no, eso no!
- ¡Echese aquí, le pagaré cuatrocientas!
- Eso es otra cosa. ¿Y cuándo tendré libre?
- Ya veremos. A ver, ladre un poquito ahora.

—Cua, cua, cua...

—Bien, ya lo hace mejor. Va progresando. No se olvide doña Lucía, mañana empieza usted.



—Te amo, doña Lucía.  
Te amo, doña Lucía...

—Don Ezrael Román, el que me pague cuatrocientas pesetas al mes no le da derecho para decirme esas cosas... Ande, bájese de la lámpara.

Ezrael Román: Ojillos verde oscuro, mar de leva, fijos en la corcova de doña Lucía.

De un salto cruza en diagonal la habitación, y desde allá arriba, la lámpara se balancea por inercia, acaba aferrándose al lomo, dromedario viejo, encorvado, de doña Lucía.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Me cago en su alma!

—¡Arre!

—¡Cabrón, baje!

—¡Arre, camellito! ¡Cabalga hasta los confines del mundo! ¡El Olimpo nos espera!

—¡Que me quiebra, jodido!

Ezrael Román escupe alegría por todos los poros de su cuerpo. Bate al aire el látigo de su sexo y lo descarga sin piedad sobre las nalgas de la vieja. Castiga brutalmente las ingles de su montura, y zancuda salvaje, adelanta el cuello,



erecto y ufano, desafiante y optimista, un metro por delante de la blanca y entrecalva testa de doña Lucía.

La vieja, rígida, piedra clavada en tierra, ya no exige, solo ruega.

—No puedo más, don Ezrael Román. Mis huesos crujen desesperados y siento que voy a resquebrajarme como una porcelana. Baje usted, se lo pide mi vejez.

Ezrael Román traga yeso, deja de mover los brazos y piernas y cobra postura de estatua.

El conjunto ecuestre, la vieja y el freganchín, saltan por superposición de imágenes al centro mismo de la Plaza del Príncipe.

—¿Señorita Renata, podría usted retirar sus piernas que voy a recoger la papelera?

—Por supuesto.

Renata, la secretaria particular del jefe se ha puesto en pie, retira su silla hacia atrás y dando un pequeño toque con su pie izquierdo a la papelera la pone al alcance de Ezrael Román.

—Muchas gracias, señorita Renata.

Renata viste de negro. Es mucho mayor que Ezrael Román, soltera y totalmente enamorada de su primer jefe, el padre del actual, que ahora padece de reuma.

—¿Cómo va su reuma, señorita Renata?

—Hoy no me he sentido nada. Las nuevas pastillas me alivian mucho. ¡Oh, el reuma!

Ezrael Román vacía la papelera en un saco que cuelga de sus espaldas y la restituye a su lugar.

—Gracias, señorita Renata.

Renata Campol se sienta, recoge su labor de punto y continúa. “Uno atrás, otro delante,

dos a la derecha, dos a la izquierda”.

La bufanda que teje Renata da dos vueltas a su mesita de trabajo.

Ezrael Román tropieza con la lana tejida, da un trapiés, se enreda aparatosamente, y cae al suelo de frente. El saco escupe papeles y polvo acumulados durante media mañana de trabajo.

Ezrael Román se ha quedado paralizado. La basura regada por el suelo y la bufanda rasgada en un largo tramo...

—¡Eres un imbécil, Ezrael!

—Señorita Renata, podría usted retirar sus piernas que voy a recoger la papelera?

Renata masca chiclet y lee a Tennessee Williams. Lleva un sueter rojo que le marca escrupulosamente todo su contorno femenino.

Renata acaricia con su mirada de carnero degollado el cuerpo aterido de Ezrael Román.

—No me muevo de donde estoy. Ven tú a buscarla.

Ezrael Román se retuerce los dedos de las manos. Le crujen las articulaciones.

—¡Ah, no hagas eso, me ripia todo el cuerpo.

Ezrael Román ve su tabla de salvación: sigue haciendo novias con sus dedos.

—Te los vas a partir. No maltrates así tan bellas manos.

—La papelera...

Ezrael Román, no cabe duda, es un sádico. Quisiera tener miles de dedos sólo por molestar a Renata haciendo los clips que tanto le molestan.

—Clips, clips..., dicen sus articulaciones.

Ezrael Román: allí, de pie, ante Renata, mirándola fijamente y buscando clips hasta en los dedos de sus pies.

Renata: sentada, echada hacia adelante, a punto de tocar a Ezrael Román, con sus ojitos constreñidos por la alegría que le producen los clips de los digitales de Ezrael Román.

—Te amo, Ezraelín. Te amo como la vaca al semental.

Las piernas de Ezrael Román se aflojan.

—Yo trabajaría toda la vida por tí... Me gusta tu cara de chulo... Bésame.

Ezrael Román emite un sonido sordo al chocar contra el suelo.

Ezrael Román yace en el suelo, desmayado, con el cuerpo inerte. Las manos se atenazan una contra otra. Los pies enguruñados. La cabeza hundida en el torax... parece un recién nacido.

Renata se agacha, coloca su cuerpo sobre el de Ezrael Román y se inicia en movimiento convulsos: las piernas abiertas, la cabeza echada hacia atrás y las manos apretando fieramente su vientre hacia abajo.

Cinco minutos fueron suficientes: Renata echa mano de las tijeritas de la manicura y corta el hilo umbilical que le une a Ezrael Román.

Ezrael Román llora descaradamente, desnudito, chiquito, la noche del siete de agosto de mil novecientos cuarenta.

Praxes Dato es profesor de Historia Antigua en la Universidad. Había hecho la especialidad en la Universidad Central. Al terminar hizo viaje a Sudamérica donde estuvo impartiendo clases durante seis años. Hoy es una autoridad en egiptología.

Praxes Dato tiene fachada de profesor de Instituto de tiempos de la República.

Las puntas de cuello de la camisa vueltas hacia arriba, el nudo de la corbata grueso, saliente, y su eterno traje gris con motitas verdes. Los zapatos siempre marrones lustrados con betún negro.

A la apertura de curso asiste mucho público, y los aplausos dedicados al Dr. D. Praxes Dato hacen temblar la enorme araña, que cuelga del techo del salón de actos.

Praxes Dato, doctor en Historia Antigua por la Central, está aún ante el atril de madera que sostiene los quince folios de su conferencia.

La manos del conferenciante todavía tiemblan.

“Ya pasó todo”. Siempre que tenía que hablar ante mucho público, sobre todo aquel público tan heterogéneo, al que no interesaba en

absoluto lo que él pudiera decirles sobre Egipto, sus manos temblaban, se unían y desunían constantemente, se le secaba la boca, y le temblaba la pierna derecha a ritmo acelerado.

Praxes Dato recibía ahora los aplausos de un público de compromiso. Miraba al frente, al fondo de la sala, por encima de las cabezas de los asistentes de la última fila. Allá al fondo, de pie, franqueando la puerta cerrada de salida, se encontró con el rostro del bedel.

Siente deseos de atravesar el largo pasillo alfombrado que les separa, cogerle del brazo.

“¿Se viene, Ricardo?”

Y salir cantando un trozo de la Dolorosa.

“Vamos a tomarnos un vinito”.

Dejar a todos aquellos allí, sentados, dedicando sus aplausos a un estrado vacío.

“¡La vamos a coger buena!”

Sin embargo, Ricardo, el bedel, lo único que desea es marcharse a su casa y que todo aquello termine de una repajolera vez.

Ricardo suspira para sus adentros.

“A ver si se mandan a mudar ya, coño”.

Ricardo mira su reloj de pulsera.

“Las dos y cinco”.

Aún tiene que ir a almorzar y estar antes de las tres de vueltá.

“Mira que son pesados”.

Los ojos de Praxes Dato intentan dar una vuelta por toda la sala, pero se lo impide aquel cuerpo sereno, indiferente a todo, del bedel, colocado allí atrás, al fondo del pasillo alfombrado, franqueando la puerta de salida.

“De aquí no me sale nadie. ¡Están condenados a aplaudir eternamente!”

Praxes Dato quiere evitarlo pero siguen sus ojos pegados al cuerpo del bedel.

“Ricardo, no diga usted eso. Deje que se marchen”.

“No, señor Dato, ellos se quedan aquí para siempre. Aplaudirán por los siglos de los siglos”.

“Déjelos, son público, ya sabe usted qué es el público”.

Un alumno de Derecho se levanta, se encamina hacia la puerta...

“Déjele salir”.

“De aquí no me muevo. ¡A su sitio!”

Ricardo, el bedel, de canas en el pecho, arremete contra el alumno de Derecho Penal. Le pega una patada entre las piernas. El alumno de las cuatro convocatorias oficiales y dos libros se encoge bruscamente, echa sus manos en busca del dolor y queda de rodillas en el suelo.

“Las dos y cinco ¡Qué tíos pesados!”

Un rodillazo en la frente. Hecho un ovillo el estudiante repetidor de Derecho Romano durante dos cursos seguidos, rueda pasillo abajo, ayudado por el débil peralte del salón de actos.

El público aplaude. Aplausos de todos los colores. Descompasados, débiles y fuertes, altos y bajos, ahora y después, arítmicos, graves y agudos, sudorosos, quejidos de mufeta, mierda de perro envuelta en papel de regalo con dibujos de niños angelicales.

Ricardo, el bedel, actúa brutalmente. Un grueso número de espectadores se acumula ante la puerta de salida sin saber la razón que les impide abandonar la sala. La puerta sigue cerrada; ante ella Ricardo, el bedel, se ha convertido en un Roldand. Con una sola mano levanta su pesada espada y la descarga contra el com-

pacto grupo. La sangre salta hasta el techo, desde allí, como de deyección, irrumpe torrencialmente entre los aplausos del público.

Praxes Dato tiembla como una gallina, sus manos en la boca evitan el vómito. La bilis se acumula en el buche y amenaza con salirse por los oídos. No puede resistir más.

Ricardo, el bedel, yace en el suelo con un crucifijo clavado en el pecho.

Praxes Dato suelta las manos que tapan su boca y deja camino libre al verde. Praxes Dato salta sobre el público. Grita, muerde, castiga, rompe, siembra el desconcierto.

Los aplausos se redoblan...

Praxes Dato hace una débil inclinación  
de cabeza. Sonríe y baja del es-  
trado tras apiñar, desorde-  
nadamente, los quince  
folios de su con-  
ferencia sobre  
Egipto.



—¿Han visto ustedes a Daniel Zujnglio?

Daniel Zujnglio baja atropelladamente la escalera.

Lleva pantalón vaquero blanco y camisa blanca arremangada hasta los codos.

—A escena... llegas tarde... te voy a poner una multa.

—No pensé que fuera tan tarde...

—Calla y entra.

—Calla o te pego un...

Daniel Zujnglio se despega del rigor de escena y abre la pequeña puerta que le lleva al escenario. En escena está Marilín, Juana en la obra teatral, que empieza a desesperarse.

Marilín, Juana, se acerca lentamente a Daniel Zujnglio, le posa su mano derecha sobre el hombro izquierdo y la desliza suavemente hasta llegar al cuello. La escena ha empezado. Juana, Marilín, le habla débilmente al oído.

—¿Qué te ha pasado?

Daniel Zujnglio no contesta, la escena es muda. Prefiere callar.

—Ya no sabía qué hacer.

Daniel Zujnglio deja que Marilín lleve la escena. Tienen que llegar a un alto grado de sensualidad. Daniel Zujnglio no ayuda.

—¿Qué te pasa?

Daniel Zujnglio se encoge de hombros como única contestación.

Juana, Marilín, es más bien llenita en carnes, de cabellos rubios y cortos.

A Daniel Zujnglio no le gusta Marilín ni como actriz, ni como mujer.

“Maldita escena, es mi pesadilla”.

Parecía, a la vista del público, que quien mejor lo estaba pasando era Juana. El público intuyó que Alvaro, Daniel Zujnglio, estaba perfectamente encajado en su papel: un joven de frigidéz prematura viéndoselas con una mujer a quien le gustaba esa indiferencia.

Lo que ya no estaba muy claro es que la escena terminara en la cama.

### (VEINTE MINUTOS DESPUES)

—¿Qué te ha pasado?

—Llegué tarde... el regidor me puso nervioso...

—No es razón.

—Que quieras que haga, no podía concentrarme. Los nervios no me dejaban interpretar el papel.

—¿Pero es que necesitas interpretar un papel así?

Marilín se torna cruel.

—¿Han oído a este niño? ¡Cuando está conmigo también interpreta!

Las risas de los actores que están en el pasillo se vuelven grotescas.

—¡Callen, hay gente en escena!

El regidor no tiene ganas de bromas.

Marilín se acerca a Agustín, segundo galán con cara de chulo, le echa una mano por el cuello y le da un beso en la boca: Agustín participa.

Daniel Zujnglio, el muchacho de veinte años que estudiaba tercero de Arquitectura, que había participado en muchos grupos de teatro aficionado, que había soñado siempre con trabajar en una compañía profesional ve venirse su mundo abajo.

“¿Qué estarán pensando estos cabrones?”

Lentamente se acerca a Marilín. Ante el estupor de los demás, Daniel Zujnglio posa sus manos en los senos de Marilín, acaricia sus pezones y pega sus entrepiernas al de ella. Se estrega, como un gato raspa su lomo contra el quicio de una puerta. La boca de Daniel Zujnglio pasa de los labios al cuello de Marilín. Clava sus dientes en el carnosos cuello y succiona sangre, roja y espesa, de la yugular.

Manolo, el actor cómico, atina a decir, entre aquel menundo silencio.

—“¡Qué gracioso, es un tío majo!”

—“¿Qué estarán pensando estos cabrones?”

Lentamente se acerca a Marilín. Ante el estupor de los demás, Daniel Zujnglio, posa sus manos en la falda de Marilín, aparta la cortina de sus interiores y le baja, de un tirón, las

bragas de color amarillo, color preferido de Marilín.

El grito es unánime.

—¡Oh, amarillo! ¡Amarillo, oh!  
¡El color gafe en la escena!  
¡Desdichada, pon tus pechos al  
sol y deja que las aves te lo  
picoteen!

(Fedra - aparece - por - el - fondo - del - pasi-  
llo - e - interpreta - su - papel)

¡Desdichada! ¡Oh!, ¡oh!, ¡oh!...

Daniel Zujnglio, no sin esfuerzo, logra ostentar en su mano derecha el triunfo a su suspicacia. Mira el rostro de Marilín. Vieja, seducida, cabreada.

—“Lo siento, era necesario”.

Entre cortinas negras, tras el plano pintado de una catedral gótica, entre el ciclorama y el plano pintado, vocifera el regidor:

—¡Callaros, cabrones. Callaros, moscones.

Todas sois unas putas!

Las bragas de Marilín castigadas al aire, amarillas, brutalmente amarillas, con una tenue pincelada roja en su centro, carcajean, por sus tres inmensas y desgarradas bocas la naturaleza de sus fisiologías.

Marilín, ¡coño!, reacciona de maravilla: va hacia Daniel Zujnglio, un solo paso, dos bofetadas y recupera el parapeto, más amarillo que nunca, de su feminidad.

Daniel Zujnglio ve venirse su mundo abajo. Lentamente, "qué estarán pensando estos cabrones", se acerca a Marilín.

Ante el estupor de Marilín y el de Daniel Zujnglio, Daniel Zujnglio logra decir:

—Lo siento Marilín, soy un tío sin experiencia. Creí poder superar la escena sin haber estado antes con una mujer. Lo siento.

Daniel Zujnglio, ¡insólito!, se acerca lentamente a Marilín y le apoya un beso en la boca, luego sube las escaleras que le conducen a su camerino.

En escena cae el telón.

Los aplausos del público llegan hasta el camerino de Daniel Zujnglio.

Daniel Zujnglio se viste para el tercer acto.

“El gigante blanco leproso del Paisaje”.

“La sal se agrupa en constelación de pájaros sobre el tumor de seda.

“en sus pulmones las arterias y las chinches se balancean  
 los microbios se cristalizan en palmeras  
 de músculos columpios  
 buenos días sin cigarrillos tzantzantzá  
 gangá  
 duzd zduc afounfa unbaah unbaah afounfa  
 pereza de las luces brillantes  
 los barcos afounfa afounfa afounfa”.

Un repiqueteo de bongó: corazón de Praxes Dato. La respiración le zumba como un caldero mal tapado. Teresa interrumpe la lectura.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, nada. Sigue.

Teresa quiere saber algo más que las palabras, en aquellos ojos opacos.

Teresa escudriña en la noche de Praxes Dato.



—¿Por qué te has callado?

Teresa observa que es ella ahora la causa de su nerviosismo.

—Lee, lee Teresa.

—“Las llamas se desarrollan en formación de esponjas.

Las llamas son esponjas uganga y golpee

Las escalas suben como la sangre gangá

Los helechos hacia las estepas de lana mi azar hacia las cascadas”.

—¡Repite, repite eso último!

—¿Hacia las cascadas?

—¡No, antes; las llamas son esponjas... no se qué!

¡Repite, Teresa, por favor te lo ruego!

—“Las llamas son esponjas uganga y golpee

Las escalas suben como la sangre gangá

Los helechos hacia las estepas de lana mi azar hacia las cascadas”.

—¿Sigo?

—...mi azar hacia las cascadas..., ¿dice eso?

—Sí. Los helechos hasta las estepas de lana mi azar hacia las cascadas.

—¿Teresa, te imaginas una cascada brutal, llena de fuerza? Un chorro que taladre la tierra y la atravesase en todo su diámetro?... No, una sola no. Varias cascadas, muchas... inmensas cascadas. Las veo, Teresa...

Praxes Dato hace saltar sus ojos extravia-

dos, enlutados en blanco, eterna pena, como pe-  
lotitas de miga de pan: de mesa en mesa, sobre  
el ropero, arriba del reloj de cuerda veraniega,  
a los ojos de Teresa (expectante a los movi-  
mientos de los de Praxes).

—Mira, mira, mira, mira, mira, mira,  
mira...

Son azules y verdes y rojos...

—¿Estás seguro?

—¿Que los veo? Por supuesto...

—¿Qué ves?

—También te veo. Estás allá en lo alto.

Estás en lo alto de todas ellas.

—¿Participo de los colores?

—Sigue, sigue leyendo.

—Te pregunto si me ves participando de  
los colores.

—Los colores, ¡qué curioso!, salen de ti...

—¿De mí?

—... y a ti vuelven. ¡Pares colores por  
todo el cuerpo, y acabas alimentándote  
con ellos para volver a lanzarlos. Las  
cascadas se debilitan. Se van. Ahora  
te mantienes sobre nubes, eres luz, sim-  
plemente: un puntito luminoso.

—¿En realidad ves todo eso?

Teresa recoge, movimiento brusco, intuiti-  
vo —pudor de caracol— los picos centrales de  
su bata. Abotona el último botón delantero y  
cruza correctamente las piernas.

—No es cierto, no ves.

Cierra el libro con ruido seco y lo coloca  
sobre la pequeña mesita de madera labrada en  
quemaduras hechas por los cigarrillos de Pra-  
xes Dato.

—Eso no es cierto.

Praxes Dato sabe aprovechar su ceguera.

- Sigue leyendo.
- Ni una letra más. Ya cerré el libro.
- Lo harás. Nunca cumples tu palabra.
- ¿Si te digo cómo vas vestida?
- Estoy harta de adivinos.
- ¿Estás harta de mí?
- Fue una broma. Además, tú no eres mi adivino.
- Bien sabes que lo soy. Conozco: el humo. Un humo gris que se expandirá por toda la tierra. Me basta con tocarte...
- No me toques...
- ... olerte...
- ... besarte...
- ¿Qué pretendes?
- No te preocupes, tú eres llenita en carnes. Mi tipo es delgada, muy alta, con los dedos largos como cables.
- ¿Sólo cogerías sus manos?
- Empezaría por sus manos. Le escalaría los peldaños de sus nudillos uno a uno, despacio, saboreando la espera, acortando muy menudamente la distancia que me condujera a su cuerpo aún más largo.
- ¿Y allí, en su cuerpo?
- “Yo le hundo los cirios en las orejas ganda fah helicó y boxeador en el balcón del violín del hotel en boabab de llamas”.
- Obsceno.
- Teresa: mujer para la cama.
- Me asquea tu cuerpo. Eres viscoso, untuoso, reguero de líbido “caminando entre las hojas... en busca del pájaro misterioso...”
- Sé que mientes. Soy hermoso, un Moisés joven, un río clamando bravío, un

diente perfecto, un ombligo redondo, *un pie de acero, una espalda asnal, un brazo que atenaza.*

—Unos ojos ciegos, visionarios, ojos locos que todo lo extorsiona, lo quiebra y pudre. Yo te...

—Y aún me quieres, y cada día...

—¿Leo a Tristan Tzara?

—Me lo sé de memoria. Podría seguir escribiendo y completar su obra, pero no viene al caso.

—Leo a Tristan Tzara.

—Y aún me quieres, y cada día tendrás que ser quien al final me pida que la redima en la cama.

—Estoy pudriéndome. Estuve a punto, madura, para ser aniquilada, pero me pudro poco a poco... ¿Qué buscas? ¡Estoy aquí! ¡Frente a un cerdo egoísta! ¡Un cerdo que me estrega todas las noches un sexo perfecto para las vigiliass!... ¡Un cerdo egoísta que se mira al espejo del cuarto de baño, a oscuras, de noche, entre la negrura tupida de cuatro paredes, un cerdo egoísta que mancha el espejo del cuarto de baño, y lo tiñe todo de blanco, “¡luz!”, dice, “veo la luz” dice, y el blanco chorrrea y se expande por el ambiente, ¡y es cierto, lo juro, yo lo he visto, todo se ilumina!, y se estrega del blanco viril y se crece el blanco y sube el blanco por las cuatro paredes, y llega el blanco hasta mí y me cubre, ¡yo me he visto nadando en semen blanco como la leche, hemos nadado juntos, él y yo, cogidos de la mano, hemos llegado más allá del pasillo, escalando las paredes,

yo rogándole, pidiéndole a gritos, como un don especial...

Teresa: rostro congestionado; Teresa: en pie, los pies de puntillas, las manos locas, crispadas, catatónicas; Teresa: llora abundantemente, ¡tanto...!, las lágrimas empapan los zapatos y los pies de Teresa, ¡tanto!, los zapatos se encogen, ¡tanto!

—Me duelen los callos.

—Quítate los zapatos. Anda, coge el libro y léeme algo... Si no, coge otro cualquiera, quien más te agrade.

—¿Cummings?

—¿Cummings? ¿El americano?

—Norteamericano.

—Bueno... ¡con tal que leas!

Teresa, dulce. Sacarina en taza de café para diabéticos.

—¿Quieres otra tacita de café?

—Bien, un poco. No te molestes, échalo en la misma taza. Ponme una sola pastilla.

—Lo sé, una sola y casi sin remover.

—Lee, anda lee. Lee a Cummings.

Teresa vierte café en la taza de Praxes Dato. El café desborda la taza.

—Te pedí poco café.

Teresa se apresura a devolver a la cafetera la mitad del contenido de la taza.

—Y poco te he puesto.

Praxes Dato mira al frente, las manos juntas, entre las piernas.

Teresa abre la cajita plana que contiene las pastillas edulcorantes.

Teresa deposita en la taza de café de Praxes tres pastillitas.

—Toma, no le he dado vueltas.

—¿Cuántas tiene?

—Una, como siempre.

Praxes alarga el brazo izquierdo y lo detiene a la misma altura del de Teresa.

Estaticismo.

Teresa no hace movimiento alguno. Praxes espera paciente. Cinco centímetros separan taza y mano izquierda de Teresa, de la mano ahuecada de Praxes. La mano derecha de Teresa se encamina en dirección al libro que se encuentra ahora sobre la mesita de madera: tres patas, una tabla, y un librito con poemas de Tristan Tzara.

Teresa tiene fijos los ojos en Praxes. Teresa tiene fija la mano izquierda, bandeja menuda y huesuda para tacitas de café muy edulcoradas, a medio camino. Praxes roza los cuatro centímetros: su respiración es normal. Teresa ha logrado hacer llegar su mano derecha hasta la tabla ulcerosa de tres patitas combas centrales, combas centrales. Teresa, acto volitivo: no respira.

¡Temblor de tierra!

El dedo medio de la mano derecha de Teresa Campol ha quedado preso en una de las bocas quemadas de la tabla que descansa sobre el extremo superior de las tres patitas centrales. Las patitas parten del centro de la tabla de la mesa y descienden, tobogán infantil, curvas y frágiles a ocupar, en tres puntos equidistantes, los tres vértices de unión de los tres lados iguales de un triángulo hipotético.

Teresa: dedo medio de la mano derecha del brazo derecho clavado en la tabla de la mesita.

Teresa: mano izquierda sosteniendo una taza de café con tres pastillas de sacarina.

Teresa tiembla.

El temblor de Teresa contagia a la taza, la silla, la mesa; tiemblan la tacita, la sillita y la mesita. Es un repiqueteo continuo, un tocar de palillos, un cascabel preso del cuello de un gatito negro que encorvado y caído de un lado se rasca con su patita delantera derecha la protuberancia occipital externa. El café, movimiento sísmico, retoza feliz y se libera desbordándose fuera de la taza, salta al plato y de allí, gotera nocturna, manchándolo todo.

La mano izquierda de Teresa, nervios desencadenados, catapultea brutalmente la taza, plato, café, y las tres pastillas de sacarina. El conjunto se estrella contra el techo, al que queda adherido durante varios segundos. Cámara lenta, happening efímero.

Happening efímero.

Mil millones de fotografías por centésima de segundo.

Primero se despega la taza, boca abajo, descienden, goteando, descienden por las paredes interiores de la tacita las últimas, hilo fino y negro, las últimas gotitas de café. Luego cae el plato, se balancea, planea, cascarilleo de pintura de techo. La taza desciende vertical. El plato en movimiento inclinado hacia la izquierda, forma ángulo de cuarenta y cinco grados con la vertical, alcanza su umbral máximo y vuelve hacia la derecha, torciendo el gesto, formando ángulo de noventa grados, yendo a colocarse debajo de la tacita de café. La tacita da vuelta sobre sí misma, tambor de lotería, y se deposita en el círculo interior del plato de la tacita de café.

Tacita y plato, lentamente, sigilo de habitación de moribundo, acaban colocándose sobre

la mano aún extendida de Praxes Dato. Arriba, en el techo, un gran manchón se extiende poco a poco hasta alcanzar los límites marcados por el triángulo que forman las tres pastillitas de sacarina. Una de las pastillas, la de mitad consumida y mitad existente, pierde la fijeza de su vértice y resbala, rodando por la vertiente vertical, hasta llegar al interior de la tacita.

—Chic.

La pastillita de sacarina dijo “Chic” y se acostó de una de sus caras.

—Ponme un poco, sólo un poco. Está muy concentrado.

Teresa Campol coge con su mano izquierda la cafetera y vierte en la taza que sostiene Praxes Dato un chorro corto y grueso de negro café que alcanza hasta la mitad justa.

—Lee a Cummings, mujer. ¡O a quien quieras! Me gustaría oírte de nuevo “Una temporada en el infierno”. Pero haz lo que quieras.

Teresa Campol tiene el dedo medio de la mano derecha del brazo derecho morado, gordo como una berenjena.

—Me duele el dedo.

Lo tengo atrapado en la mesa.

—¿En la mesa?

Praxes Dato alarga su mano derecha hacia la mesita de madera sabedora de sádicos placeres. La mano izquierda de Praxes Dato se desliza sobre las rugosidades heridas, amasando los pequeños cráteres, diminutas fauces, acortando el camino, primero en zig-zag, luego directo, hasta tocar el dedo medio de la mano derecha de Teresa Campol.

—Parece una berenjena. Lo tienes enfe-



brecido.

—No bromees y ayúdame a sacarlo.

—¿Qué le has hecho?

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? A la mesa.

—¡Qué tontería! Nada.

—No contestes tan rápido. Medita.

—¿Que medite qué? ¡Lo que tienes que hacer es sacar mi pobre dedo de esa boca infernal y luego se verá lo que hay que recordar!

Praxes Dato mueve la cabeza.

—¿No?

—No.

—Pero, ¿cómo se puede ser tan imbécil?

¿De dónde has sacado la cretina idea que yo haya ofendido a la mesa?

—Las mesas son como los coleópteros enrojecidos, que vomitan fuego, eructan y luego se van de picnic.

—Me ayudas a sacar el dedo, ¿sí o no?

—Hagámoslo esta vez. Eriberta, mesita linda y pocholona, catalética, lofobranquia, blanca inmortal... declina en tu sádico empeño por esta vez... hazlo al menos por mí, tu castigador más fiel...

—¡Parece que afloja!

—¡Tira! ¡Tira fuerte, no sea que se arrepienta!

—¡Ya!... ¡Huy... mi pobre dedito...!

—Gracias, Eriberta. Dale las gracias, Teresa.

—¿Que le dé qué?

—Las gracias.

—Sólo faltaba eso...

—Hazlo...

—Gracias.

—Más convencida.

—¡Gracias!

El hombre bajito con la cuerda y el perro cruzó la calle, dobló la esquina y desapareció de la vista de Ezrael Román. Ezrael se quedó absorto, pensando en las últimas palabras del hombrecillo con perro y cuerda.

Salióse un tanto de su asombro para volver a comprobar la integridad del cristal de la joyería.

“Sí, debo estar muy cansado. Tengo que encontrar el modo de librarme de tanta penalidad. Me voy a quedar sin dientes”.

—Disculpe...

Praxes Dato había descargado un fuerte golpe con su bastón blanco sobre las pantorriñas del meditaundo Ezrael Román.

—Disculpe...

Ezrael Román, instintivamente, al ser azuzado con el bastón del ciego se abalanzó sobre su castigador, aferrándolo con ambas manos y dando un fuerte empujón al invidente, que le hizo retroceder tres pasos, para, en mínimo tambaleo, luchar por el centro de gravedad, y al fin, hacerle caer al suelo. Aún con el dolor en los tobillos, Ezrael Román tuvo temple para

descargarse sobre el fémur derecho, doblando la pierna en el aire, la dureza del palo blanco, bastón de mando del ciego Praxes Dato.

—¡Crac!

—¡Huy!

—¡Imbécil!, ¿qué ha hecho usted?

Praxes Dato, a gatas en el suelo, dando vueltas como un trompo, luchando por ponerse en pie, él también con un fuerte dolor alojado en la espalda...

Ezrael Román, consciente ahora del espectáculo callejero, mirando a ambos lados de la calle, que aparece desierta, con tres fuertes dolores en el cuerpo, dándose cuenta que el del suelo es ciego y que el golpe dado en sus piernas fue solo un accidente involuntario...

—¡Ayúdame a levantar de este cochino suelo!

—Disculpe, señor... me irrité al recibir un golpe... tan fuerte... compréndalo, yo no sabía que usted era ciego, a decir verdad yo no sabía nada. Sentí un golpe... ya no fue solo el dolor, también el sobresalto...

—Déme mi bastón.

Ya en pie Praxes Dato quería acabar aquello.

—Deme mi bastón.

—¿No oyó un crac?

—¿Su cráneo?

—No, su bastón —corrigió con ironía Ezrael Román— me dejé llevar de la ira y se lo partí en dos. Ciertamente el haber logrado partir su bastón y no el hueso de mi pierna, es la primera proeza que hago en muchísimos años. Le confieso que estoy avergonzado y sa-

tisfecho a un tiempo...

Praxes Dato se apercibió del tono sincero de Ezrael Román.

—No se preocupe, ha sido un incidente desagradable y nada más. En casa tengo más bastones. El problema es que necesitaré un lazarillo para poder llegar a casa. ¿Me puede servir usted?

—¿De qué?

—De lazarillo... de guía hasta llegar a casa.

—¡Por supuesto! Cójase de mi brazo... usted dirá hacia donde vamos.

—Vivo en la calle de Los Sauces.

—¡Ah; ahí trabajo yo! Llevo nueve años pasando por la calle de Los Sauces y nunca le había visto hasta hoy.

—Y yo llevo dos años con esta tela negra en los ojos y nunca me había tropezado con nadie.

—Lo siento, estaba distraído.

Praxes se había cogido del brazo izquierdo de Ezrael y caminaba lentamente, marcando el paso de siempre, obligando a su lazarillo a acortar el andar. La lentitud hizo cobrar en Ezrael Román un ánimo de salita de espera. Comienza a observar la calle, una calle de verdad, con los transeúntes en movimientos rápidos, bruscos o pausados; paseos en cubierta de barco; paseos que saca de la mar y mete en el cielo; paseos de busca - novios; paseos de cuatro en fondo con las miradas vivarachas, las faldas muy cortas y el ir y venir en zig-zag del ataque por sorpresa, paseos de esa misma calle, porque la catedral queda en un extremo, o en el centro —y hay que cruzarla—. “Que siempre trae suerte persignarse ante la puerta románica, y es señal

de respeto a todo lo divino que ella guarda”; un andar lento que hace detener la mirada en las ventanas abiertas, mirada que intenta penetrar en las cuatro paredes, las cuatro paredes que guardan mundos que se acaban, que nacen y mueren. “Y aquella niña, ¡qué muñeca!, ¿por qué llora? Un trozo de pan duro en la manita que le gusta utilizar y la saliva y los mocos mojando su cariña de luna llena. No llora por los sufrimientos del mundo, mi niña, llora por nada. Y eso está bien”.

—Ahora me doy cuenta por qué no choqué nunca con nadie

—¿Por qué?

—Me evitaban.

—Es lógico...

—Sí, es lógico. Pero sólo eso. ¡Tiene que venir a mi casa!

—Y eso, ¿por qué?

—Quiero que me diga que es bonita.

Paseos de antes de cine de sesión continua, de después de la peluquería, de citas “en la esquina de siempre”; paseos de ángeles inexistentes con las alas caídas, que ya no baten agua, paseos que son un esperar el “hoy será o mañana”; paseos de tres patas, de cayado que no azuza ya ninguna oveja, paseo sin frío ni calor, sin reloj, vista atenta, de ojos abultados, salidos para fuera del cuerpo, “borrachos de verlo hoy todo”; paseos de narices abultadas, enrojecidas, de miles de venitillas que quieren escapar de la deformidad, narices de formas grotescas, así:







- Es delicioso pasear. Ver la gente.
- Si se coge el gusto...
- Emborracha, ¿no?
- Esta es una de mis diversiones. Pasear.
- Pero usted no podrá..., lo siento...
- No veo, pero huelo, oigo, imagino... lo hago más bello a mi...
- Baje ahora, ¡ajá!
- ...todo lo hago a mi gusto. Ciertamente, pasear es un placer de ciegos.
- Suba.
- ¿Ahora?
- Sí, suba.
- Permítame cogerle del brazo. Así...
- ¿Tiene familia?
- No, vivo solo. En el accidente enviudé y me quedé ciego.
- Ya estamos en la calle de Los Sauces.
- Es el número ocho. Cuatro puertas más...
- ¿Cómo puede vivir solo?
- Bueno, no tan solo.
- Don Praxes le dejo ya el almuerzo preparado. He salido a buscarle...
- Perdí el bastón Amanda, y este señor me acompañó. No se preocupe. Ande, vaya. Yo me puedo arreglar solo... ella me hace la comida, lava la ropa y... a veces me calienta la cama. Es muy buena. ¿Sube?
- Le acompañó hasta su piso.
- Vivo solo, pero a veces viene Teresa... y me acompaña. Teresa es mi mujer. No me tome por loco, es la pura verdad. Viene y pasamos veladas muy agradables. ¿Lee usted mucho?
- Me gustan los libros, pero los leo poco...

- Teresa lee y lee continuamente. Es buena pero...
- ¿Qué piso es el suyo?
- El tercero. No hay ascensor. Ya puedo subir sin apoyarme en usted. No se vaya, acompañeme.
- Es que yo...
- No se disculpe... Suba, le puedo contar cosas muy interesantes. Por ejemplo, mis veladas con Teresa. Se quedará a almorzar, habrá para los dos, no se preocupe. Sólo le pido una cosa, no lo tome a mal, que se marche después de comer, es la hora en que viene Teresa.
- Me iré. Es la hora de mi siesta.

Ocurre a veces que algunos caminos se nos antojan tortuosos, quizá una vereda empantañada, o, una suave infantil pendiente, un cíclope mandato por un neptuno dispuesto a derribar nuestro Carro de existencia... ocurre que... quizá las circunstancias, también las circunstancias... lo cierto es que Ezrael Román nunca cursó estudios y apenas sabía leer sin encabritarse ante la primera palabra que oliera a diccionario...

—Esto es palabra de diccionario..., solía decir, y cerraba de golpe el libro que acababa de empezar.

Así las cosas, no había logrado jamás leer un libro de su principio a su fin aunque buena gana le daba de lograrlo, y las más de las veces se devanaba los sesos en buscarles significados a aquella serie de palabras que solo le serían descifradas por un diccionario. La mala disposición de Ezrael Román hacia los diccionarios provenía de la cantinela tan cacareada, mañana tras mañana, año tras año, por Francisco, el conserje de la oficina, crucigramófilo a ultranza.

—¡No hay quien entienda estos diccionarios, ninguno se pone de acuerdo! ¡Mira que sesudos tiene la Real... pues si quieres arroz Catalina! De una palabra te mandan a otra, y de ésta a otra, así: pimpón como una pelota de ping-pong... no se comprometen a dar una definición como Dios manda. ¡Lo que yo digo: hay que evolucionar!...

Ezrael Román, pensaba: “Don Francisco, tantos años rellenando crucigramas, ¡con tantas palabras que sabe! y echa pestes del diccionario real... ¿yo qué? Prefiero leer inglés o francés...”.

Pero Ezrael Román sabía, intuía, que mundos llenos de vitalidad se escondían entre las tapas de los libros, pero sin suponer cuáles podían ser, ni de qué clase eran. Se le antojaba pensar que cada libro tenía un corazón, el suyo propio, y a cada libro que compraba le pintaba, extraña costumbre, un corazoncito, con creyón rojo, entre la cuarta y quinta página. Importaba mucho el título, el nombre del autor, la aspereza o suavidad al tacto, el precio, y hasta lo que dijera el índice y las primeras páginas, cuando no las primeras líneas, para que el corazoncito fuera más o menos hermoso, más o menos rojo, o que el primor de su contorno fuera esmerado en mayor o menor grado.

—Tanto libro, ¿para qué? Mejor se compra un traje nuevo... y va decente...

—Amo los libros, doña Lucía. Así de sencillo, no se por qué, pero me atraen. La pena es que yo no hubiera podido estudiar cuando pequeño. Solo hasta segundo curso de bachiller, luego las co-

sas se desarreglaron y tuve que arri-  
mar el hombro...

De noche, Ezrael Román, después de quitarse la ropa y acostarse en la cama como su madre le trajo al mundo —“no puedo aguantar el pijama, es antihigiénico, y además, no me deja dormir”— desnudito y acurrucado en el centro del lecho, tras haberse arrellenado en el redondo bache central, vuelto para el lado derecho, con un brazo bajo la cabeza, así... al final de la búsqueda de la comodidad infinita, tras haber encontrado la laxitud la mayoría de los músculos de su cuerpo, cuando sus carnes, ya eran un objeto más de la habitación, cuando la armonía y el anonimato plagaban su cuarto, su mansión preñada de oscuridad perenne, paz y longevidad, cuando el tiempo había sido desterrado de la existencia de Ezrael Román, cuando Ezrael Román yacía de una muerte profunda...

... unos toquecitos tímidos, como preludio, abrían la sesión del orquestado sinfónico de razones. Primero el más pequeño, el más sustancioso, luego... los corazones rojos pintados de creyón latían y latían, ¡era impresionante oírles!, y latían durante toda la noche.

A veces son las abejas, los mosquitos, o bien las chinches o las garrapatas, quienes se adhieren persistentemente a un cuerpo, un cuerpo correcto. Como si hubiera pieles con personalidad propia que atrajeran a sus específicos martirizadores. A Ezrael Román le perseguían las moscas, pero unas moscas inmensas de color esmeralda con fuertes alas que, batidas todas al unísono, eran capaces de trasladarle de un lugar a otro, pasando por encima de las cabezas de los transeúntes o por arriba del moño de doña Lucía. Ezrael Román no demostraba ninguna afición por los volátiles preferidos por su piel, por el contrario, tomaba toda suerte de prevenciones antes de salir de su casa. Se fumigaba todo el cuerpo con una mezcla de *zz* y agua lavanda, y renovaba todos los días de sus bolsillos las bolitas de naftalina. Las quería nuevas, frescas. Pero un día cualquiera, de cualquier mes o semana, aparecían las moscas, bien estuviera en el baño, en su sillón, colgado de la lámpara con su corbata de ahorcado, o en la oficina pasando un paño del polvo sobre la mesa del jefe.

—¿Fuma un cigarrillo? Yo no paro de fumar.

Praxes Dato extiende la mano derecha hacia Ezrael Román.

—Sí, gracias. Sólo fumo después de comer. Y hoy que he comido bien, con más razón.

—Siento no tener un puro... ¿Un café? No, no se moleste en recoger nada, luego lo hará mi mujer.

Praxes Dato aún mantenía la mano extendida con los cigarrillos negros emboquillados.

—¿No fuma, entonces?

—Sí, gracias, cogeré uno. No tengo fuego.

—Estos mecheros son los más prácticos. Infalibles. Coja las tazas de aquel aparador, ahora traigo el café. Amanda lo ha dejado hecho.

Tres pequeñas moscas, de barriguitas verdes-mar se habían posado dulcemente en uno de los lunares de la calva de Ezrael Román.

Praxes Dato se levanta del sillón de cuero de toro de lidia. Sin dar traspies, sin extender los brazos en postura preventiva de choques con muebles o paredes, mirando al frente, entra en la pequeña cocina y echa mano de la cafetera express italiana.

—¿Encontró las tazas?

—Sí, creo... con un dragón.

—No, esas no. Si se rompen mi mujer no me lo perdonaría. Las otras, las lisas.

—¿Blancas?

—Sí, blancas. ¿Le echa azúcar?

—No, me gusta amargo.

—Yo le echo una pastillita de sacarina, y sólo doy dos vueltas de cucharilla.

—Bueno...

—Sí, está bueno.

Los lunares de la calva de Ezrael Román,

a modo de casillas vacías, habían dejado posarse sobre sí, como completando una estructura, una suave pella de motitas verdes, vivarachas, alegres batidoras del aire. Ezrael Román sopla y da cortos sorbitos al café. Su tranquilidad es absoluta.

—Prschuuuuuu...

—¿Está caliente?

—No mucho. Pero yo lo tomo siempre frío. Lo dejo enfriar. Siempre se empuñan, en las cafeterías, en indicarme: “Señor, el café se le enfría”, y a mí me gusta frío. Les hago caso y me lo tomo caliente. Les parece un sacrilegio dejar enfriar el café, pero lo cierto es que a mí me gusta así. Les hago caso porque no quiero escandalizarlos.

—Mi mujer, que en paz descansa, era igual. Yo no, yo lo prefiero humeando. Es como sabe. O mejor, como huele. ¿Sabía que el café no tiene sabor sino solamente olor? ¿Lo sabía?

—¿Sí?

—Sí.

—No, pues no lo sabía. Pero a mí me gusta frío no sé por qué. Y no sólo el café, cualquier cosa la prefiero a temperatura normal, más bien fría.

Ezrael Román tenía el aspecto rejuvenecido, parecía que le hubiesen quitado años de encima. Un peluquín negro aleteante y mullido cubría toda la superficie de su cabeza. Un pequeño tupé se le pronunciaba en la vertiente de su amplia frente. Las moscas que formaban su moña de adolescente, como lanzas de ataque, de primera fila, pugnaban por acelerar el descenso. En un continuo latir de alas un grupo de unas veinte, paso a paso, dulcemente, co-



mo no queriendo apercibir de sus presencias al gigante humano, se habían adelantado hasta la roca puntiaguda, orgullo de la cara de Ezrael Román, la nariz de Ezrael Román. En un abrir y cerrar de ojos, en dos simples pestañeos de sus ojos, dos motas de moscas se balanceaban, en las dos convexas carnosas que cubrían los ojos redondos del invitado a la mesa del ciego Praxes Dato.

—Sin embargo, prefiero... y en eso estoy con usted, la leche sola muy fría. Siempre tengo una botella de leche en la nevera. No tomo agua, sólo leche y bien fría...

Las de avanzadilla habían cubierto ya nuevos puestos, el pecho, los brazos, y hasta la mitad de las piernas. Las de retaguardia se administraban los puestos vacantes y en cuanto un claro se avecinaba, nuevas nubecillas negras entraban directas desde la ventana abierta de par en par, hasta el supuesto cuerpo de Ezrael Román.

—Amigo Ezrael, ¿le gusta la cultura?

Ezrael Román abrió su boca para contestar y siete mosquitas hubieron de cambiar de sitio, nunca volando, lo hicieron a cortos y rápidos saltitos.

—No la temo.

—Ya es suficiente... e importante. Lo decía porque... tengo un amigo que es profesor de la Universidad, estudiamos en el mismo colegio de pequeños. Gusta mucho de hacer tertulias. Se reúne a veces gente muy interesante. ¿Le agradaría asistir algún día a una de esas reuniones?

Siete moscas más retornaron a la retaguar-

dia, no en vano en el tupé hacía falta refuerzo, altura.

—Bien, de acuerdo, pero...

—¿Sí?

— ... no sé qué papel voy a hacer...

—¡Oh, no se preocupe! Usted prueba un día, si no le agrada, pues... ¿eh?

—De acuerdo.

Las cuatro mil alitas entraron en quinientas revoluciones por minuto. El cuerpo de Ezrael Román entra en movimiento ascendente.

—Véngase un martes de estos a casa de mi amigo...

Ezrael Román ya estaba cinco palmos de la silla en que había estado sentado.

— ... Por supuesto usted viene conmigo y será muy bien recibido...

El rápido latir de alitas le llevaba hasta la ventana abierta.

—Adelargo Longo es magnífico. Le agradecerá a usted mucho...

Ezrael Román se detuvo segundos en el recuadro del ventanal.

— ... Bien, creo que ya debe ser la hora, siento un algo en el ambiente, debe ser el aviso de mi esposa. No quisiera hacerla esperar. Hasta otro día pues... Muy agradecido por su compañía... Vuelva cuando quiera.

Ezrael Román ya tuvo que contestar desde afuera de la fachada, segundo y medio antes de emprender el vuelo hacia la casa de doña Lucía, donde le esperaba hora y media de siesta.

—¡Hasta otro día! ¡Muchas gracias por todo! ¡Mis respetos a su señora!... Y... tiene usted una casa muy bonita!

La columna negra se elevó. Luego, se perdió entre las nubes grises que formaban el cielo de la ciudad.

Pepe vive en el mismo edificio que Laura, él en el tercero izquierda y ella en el cuarto central. Hay días en que ambos se miran y sonríen.

—Buenos días, señorita... ¿Le molesta el humo?

—Buenos días... no, me agrada el olor del tabaco de pipa.

—A mí también. Gracias que el ascensor funciona hoy. Creo que ayer se cortó el fluido eléctrico en el momento que bajaba usted. Tuvo que ser algo muy desagradable.

—Sí, no me quiero acordar. Lo peor es que no estaba el portero y tardamos en salir más de media hora.

—Al cuarto, ¿no?

—Yo voy al tercero... No iba usted sola entonces. Debe ser una situación muy desagradable.

—La lentitud de este cacharro me crispa los nervios. Menos mal que estaba acompañada por el actor que vive en el sexto.

—¿En el sexto, vive un actor?

—Sí...

—Bueno, mi piso. Adiós, buenos días.  
Suerte...

Al salir, Pepe, dijo “suerte” afianzando en una sonrisita dulcemente malévola. Laura creyó oírle un cumplido.

—Gracias, adiós.

- Deberías fumar por pipa. El tabaco en pipa es maravilloso. Su olor me embarga. El otro día al entrar en el ascensor un tufillo mareante, suave, me rodeó, luego me hizo perder los estribos...
- Y al final te fuiste con él.
- ¿Con el tufillo?...
- No, con el tipo que fumaba por pipa.
- ¿Por qué sabías que era alguien quien fumaba el tabaco?
- Es elemental. ¡No me irás a decir que quien en realidad te embargó fue el tufillo!
- ¿Y por qué no?... ¿Estás celoso?
- No, no lo estoy, por supuesto que no... pero... me parece que...
- Quizá no había nadie... quizá el individuo que fumaba aquel tabaco acababa de abandonar el ascensor.
- No, ningún quizá. Te conozco. El individuo que fumaba estuvo contigo en el ascensor y hablaste con él.
- ¿Que hablé con él?
- Sí, hablaste, y te gustó. Lo noté desde el principio...
- ¿Qué principio?...

- Desde que entré en el piso. Te has comportado distinta a otras veces. Y hasta cuando... cuando te abrazaba, cuando los dos nos uníamos te sentí distinta... y era esto, era un tipo que fuma en pipa.
- ¡Sí, fuma en pipa, y es muy guapo! ¡Tiene más estilo que tú!... ¡Y nos besamos!
- No, no... tú no haces eso, tú lo preparas todo, así de improvisado, en un ascensor, no lo harías, temerías ser castigada quedándote encerrada en el ascensor entre piso y piso.
- Bueno... ¿se puede saber a qué viene todo esto? Hablé de una pipa y de un tabaco, ¡sí!, bueno, es cierto, estaba un hombre en el ascensor, vive en el tercero, fumaba en pipa y me agradó el olor de su tabaco. ¿Es que no se puede decir que me agrada más, mucho más, el olor del tabaco de pipa que esos apestosos cigarrillos, de carretero, que fumas? ¿Cuántas veces he tenido que aguantar las náuseas al darte un beso? ¿No me lo crees? ¡Pues es cierto! Quiero irme...
- ¿Adónde?
- No sé, a cualquier sitio, a una isla, un lugar apartado de todo esto. Tenía que decírtelo.
- Te ofrezco la mía. Es un lugar apartado de todo... pero hablas en broma. Tú no saldrás de aquí, de mí. Eres una gata muy mala que sólo quiere verme triste y celoso...
- Quita... Te equivocas. Hablo en serio.

- Anoche soñé, bendita ilusión...
- ¡Maldita ilusión!
- Y sin embargo sentí gran placer.
- No obstante te engañaste... te dejaste engañar por el color.
- ¡Siento el amor!
- Pasé por tu calle y vi luz en tu ventana, y te llamé. Saliste, y me arrojaste una corona de espinas. Me la puse. Me produjo dolor.
- La luz es bella, y los campos. Las espinas lo son. Tú me produces la ilusión. El dolor te hace más fértil.
- Pero me hunde, y me quiebra, y me hace pensar en el exterminio.
- Te daré hiel y sal.
- ¡Demuéstrame tu amor!
- ¡Yo tengo mi ilusión!



- ¡Créate la tuya!
- ¡Me mato!
  - ¡Será eterna!
  - ¡Me voy!
  - ¡Te mataré!
  - ¡No, no quiero hiel, ni sal, ni ilusión, ni amor. Mentira, mentira!
  - Pon tu mano en mi pecho, sentirás mi corazón. No te nace la ilusión?
  - ¡No!
  - ¡Mírame a los ojos! ¿No los ves brillantes como el sol? ¿No te nace la ilusión?
  - ¡No, no!
  - ¡Enciende una cerilla!
  - ¡Se apagará; mentira!
  - ¡Enciende antorchas! ¡Quema bosques!
  - ¡No, no, no! ¡Todo será ceniza! ¿Por qué clavas mi corona si me produces dolor?
  - ¿Sufres? ¡Ilusión! ¡Ilusión! ¿Y ese hilito de sangre es tuyo? ¡Quizá de las pobres espinas! ¡Contéstame! ¿Es tuyo?
  - Sí...
  - ¡Oh! ¡Ilusión!
  - Veo bichos en tus ojos, y en tu boca, y en tu frente.
  - Serán gusanos de seda que tejen nuestros trajes de bodas...

- Y tus manos son garfios  
que hieren mis mejillas.
- Para arar el campo de  
tus besos...
- Y tus ojos se hacen in-  
mensos como gigantes.
- Son los testigos de nues-  
tros esponsales.
- Y tu pecho se hunde como  
un pozo.
- Para aguardar el líquido  
que saciará la sed de mi  
ilusión...
- Y tú, ¿qué me darás?
- Hiel y sal. Sal y hiel.  
¿Qué más quieres?
- Quisiera amar fuertemen-  
te para odiar muy débil.  
Quisiera reír, para que se  
rieran. Quisiera ser nada,  
para poder existir. Quisie-  
ra existir, para dejar de  
ser quien soy. Quisiera  
sentirme todo lo que veo.  
Quisiera ser niña, para  
no dejar de serlo jamás.  
Quisiera ser oídos sordos  
a las voces del tiempo.  
Quisiera sentir la paz, pa-  
ra encerrarme en mi cárcel.  
Quisiera chillar en el va-  
cío para ser oída. Quisie-  
ra ser compañía, para vi-  
sitar la soledad. Quisie-  
ra que todos me ignoraran.  
Quisiera que todos me vie-  
ran. Quisiera ser el eje  
del mundo. Quisiera ser hu-

milde. Quisiera ser bella  
como una diosa. Quisiera  
llorar, para bañarme en lo  
cristalino. Quisiera tener  
noción de la eternidad.  
Quisiera... Tú sólo me das  
hiel y sal...

- ¿Por qué no buscas en nues-  
tros recuerdos?
- A veces me he visto dan-  
do vueltas y más vueltas  
sobre un mismo recuerdo,  
aferrada a él, exprimién-  
dolo al máximo, haciéndolo  
destilar sus últimas  
mieles, hasta que al fi-  
nal me sabe a insípido,  
escupo, y el amargo vuel-  
ve a mi boca.
- La hiel es dulce y la  
sal amarga.
- Me apeno, me sonrío y  
me pongo seria, mientras  
recuerdo...
- La sal es verde y las  
ilusiones blancas.
- Y hasta hago un drama  
de lo que antes me produ-  
jo risa...
- La ilusión es verdeblan-  
ca.
- Son remordimientos ese  
volver al pasado?...
- ¡Mira, el mar es verde-  
blanco! ¡Es ilusión ¡In-  
mensa ilusión!
- No sé por qué la oscuri-  
dad se apodera de mí...

- ¡Me voy!
- ¿Adónde?
- ¡Al mar! ¡Es la ilusión!
- ¿Y yo?
- Tienes la corona, ¿qué
- Quisiera...
- ¡¡¡Ven!!! ¡¡¡Es tibia y agradable!!!
- No, prefiero...

Praxes Dato había dado un pequeño traspies, un mal cálculo y se había proyectado, rodando aparatosamente, hasta lo bajo de la escalera.

Al principio el pronóstico del médico fue reservado, luego a los tres días, vista la resistencia del ex-profesor de Historia Antigua, emitió el siguiente veredicto: "Tres meses de escayola, y como nuevo".

Ahora, ciego y yerto en la cama, Praxes Dato está solo. Lo dicen las dos arruguitas verticales que se le han producido en el entrecejo, parto que son de la gran tensión interior. Al menos eso creo yo. Dicen los sabios que el recuerdo, en la soledad paciente de una cama, se disocia, renacen historias completas, se reconstruyen verdaderos rompecabezas, y hasta cobran nuevas dimensiones vivencias anteriormente no descifradas del todo.

Y Praxes Dato recordó, no sé por qué, el quinto capítulo de este conjunto de historias:

## V

Venían hablando de la conferencia. De los comentarios del público...

Praxes Dato había pisado el acelerador antes de la curva. La curva era muy cerrada. El auto se había encabritado y el volante no giró a tiempo. Ya cerca de la cuneta Praxes Dato, viéndose fuera de la carretera, con movimiento brusco del volante había querido encauzarse, pero fue inútil... el coche torcía el gesto, enguruñaba sus patas delanteras y levantaba por encima de dos metros la parte trasera; luego siguió, con ruido de campana de hojalata, dando vueltas sobre sí mismo. Al fin, fiel de balanza, una no muy grande piedra se interpuso en su aparatoso movimiento incrustándosele en la capota. Tras un repiqueteo de toda la chatarra, el auto se paró. En los primeros momentos que siguieron a la quietud Praxes Dato no supo a ciencia cierta qué le había pasado. Sintió todo su cuerpo como endormido y un dolorcillo agridulce en la frente, como el que se siente después de haber dormido en exceso. Antes de perder la totalidad de sus sentidos había intentado mirar para el asiento contiguo, pero no se lo permitió su cuerpo encorchado, y casi para sí, sin poder levantar la voz, en un suave quejido llamó a su esposa que suponía a su lado.

—Teresa... Teresa...

Teresa no le respondió. Su cuerpo magullado y hecho un ovillo moría en el asiento de atrás.

La autopsia hecha en el cadáver de Teresa arrojó la luz siguiente: infarto de miocardio. Praxes Dato nunca llegó a comprender la tan extraña muerte de su mujer pero siempre se guardó mucho de echárselo en cara.

- “La mesa, no. Esta mesa. La mesa que vive con nosotros.
- ¿Yo? ¿Y quién le ha hecho esas úlceras asquerosas que la taladran de parte a parte, como una diana de mal tirador?
- Yo le he dado vida. Al principio estaba tan lisa y barnizada queapestaba una asepsia que sólo lo no existente puede poseer. La fui madurando poco a poco, haciéndole latir a medida que las heridas eran mayores. Más de una vez la sentí vibrar, convulsa, bajo mis manos y hasta una noche la oí esbozar, por medio de un ruido, algo parecido a un lamento humano, una noche en que tú, ahí al lado, entre sueños de orgías dionisiacas, apretabas el blanco almohadón contra tus flácidos pechos, una noche en que mis deseos de compañía eran tan grandes que no tuve más remedio que hacerla sufrir con una brutalidad que solo guardo para las personas”.





“Un tótem, convertirme en tótem para el resto de mis días... es lo mejor”.

Daniel Sujnglio mira fijo al frente, clavando los ojos en la cara del individuo del inmenso cartelón de publicidad callejera. Una sonrisa eterna, amplia, blanca y brillante, arroba de felicidad al hombre publicitario. El hombre gigante no hace nada, sólo sonríe. Unas letras cruzan su cuerpo y se pierden en el producto objeto de la propaganda.

“Un tótem... eternamente... pero poder verlo todo y sonreír continuamente, mejor, reírse a carcajadas, con un sonido brutal, un rugido estentóreo que removiera las piedras y derribara los edificios... Siempre pegado a un cartel, estar clavado en tierra, es muy triste. Siempre... que dura es la palabrota... Siempre, con pérdida de la noción de lo imprevisto”.

Daniel Zujnglio bosteza y soporta penosamente la corriente fría que le cruza la espalda de arriba abajo, mueve los hombros como cuando los pollos baten sus alas.

“Tengo escalofríos... quizá tenga fiebre... pues estoy arreglado. Si me pongo enfermo a ver quién va al teatro, y lo malo no es eso, sino que

pierdo el papel...

Qué le pasará a Laura. No puedo perderla, debo dejarme de celos inútiles... la necesito, necesito el contacto de su cuerpo... sería inútil de encontrar otra... Encontrar otra ¡Si fue ella quien me encontró a mí... casi me obligó a acostumbrarme a su cuerpo! No, no estoy enamorado, pero la necesito... Laura... en el fondo le debo algo..."

Bandas magnéticas, soliloquios de puta barata, martillos pilones, zumbado, machando la silla hipofisaria... pólizas de a cinco en la cabeza dando salida legal a los pensamientos... no solo es la fiebre, ¡que va!, qué importa que Daniel Zujnglio esté con treinta y nueve y décimas que no coma desde anoche, que verdaderamente tenga problemas, problemas con sus ilusiones, que el personaje deje de hacerlo él —¡para lo que vale el papel!— que se vea en la calle y tenga que rastrear, —“¡tan tímido que es el niño!”— tras algún empresario gordo y alto, con olor a sudor escamoteado bajo el Varón Dandy a granel, con un puro interminable en sus dientes pequeños, verde y cenizos, o, sin puro con sus dientes perfectos y perfectamente blancos, de estatura normal, con un traje de corte perfecto y hasta con gafas a lo Miller, de frente intelectual y nariz griega, para alcanzar, ¡al menos!, la promesa de un papel...

—No me importa que sea pequeño... me basta con que sea interesante, que se pueda recrear...

Pequeño, siempre está la ilusión del triunfo, del papel principal, porque Daniel Zujnglio es capaz de hacerse cargo de un papel grande y difícil, sobre todo esto último; ¡qué importa, verdaderamente, que su futuro esté tan difuso

que su presente está adobado por la neurosis permanente, qué importa que no tenga a nadie hoy por hoy, que no sepa nada de su familia porque su familia le ha castigado muy duramente con el silencio y el olvido nada más meterse en lo del teatro, “¡una carrera tan bonita, con tanto porvenir y echarlo todo por la borda por ser cómico!”, qué importa que Daniel Zujnglio tenga añoranza de su familia, que se vea separado por esa gruesa franja de mar, “de vivir más cerca ya habría ido a casa. ¡Son dos años...!”, separado por un mal disimulado olvido, él no sabe nada de eso, qué importa que Daniel Zujnglio tenga unas ganas irrefrenables de suicidio si ya comienza a sentirse hombre, hombre de verdad, en brazos de una mujer, una mujer que le ha salvado, ya para siempre?...

Primero fueron tres toques en la puerta, luego entró la dueña del piso, doña Vicenta.

—¿Pero qué hace usted, Daniel, fuera de la cama? Con ese frío se va a poner más enfermo.

—No tengo... mucho frío... gracias, no se preocupe, estoy bien.

—No tiene por qué darme las gracias. Me preocupo por usted como si fuera mi hijo; está fuera de su casa y una madre comprende esas cosas... ¿Le ha bajado la fiebre?

—Sí... creo que sí... gracias...

—Acuéstese, ande y abríguese bien. He venido por si ya se había despertado para traerle algo.

—No se moleste... no tengo ganas de comer... creo que lo devolvería...

—¡Pues aunque lo devuelva tiene que comer! ¡No puede seguir así!... Y no me lleve la contraria... Acuéstese, y no se

duerma que ahora mismo vuelvo.

Daniel Zujnglio dio tres pasos en dirección a la cama, se había separado de la ventana donde su frente estuvo apoyada, tranquila, propicia al pensamiento, y ahora, sólo al tercer paso, su cabeza parecía intentar jugarle una mala pasada...

—¡Por Dios!... agárrese a mí... despacio, no se preocupe, yo le ayudo... ahora acuéstese. ¡Si no llego a estar con usted! ¡Dios mío, estos hombres que cabezotas son!... Quédese quietecito que ahora mismo vuelvo...

—Gracias, doña Vicenta... Por favor, ¿me acerca el vaso de agua? Es que no puedo...

—No se esfuerce... ¡hala!, beba... ¿Ya?... Bien... tranquilo ahora, y hasta que yo vuelva... ¡Dios mío, Dios mío, expuesto a pasarle algo!...

Doña Vicenta salió de la habitación rezongando y uniendo sus manos a modo de oración, al tiempo que su cabeza desaprobaba la actitud de Daniel Zujnglio en cortos y rotundos movimientos acompasados con suaves chasquiditos de la lengua contra el paladar.

—¡Oiga!, ¡oiga!... ¿2248976- ¿Está José Manuel? Sí... dígale que... ¡oiga!, sí, dígale que llamo de una cabina... que se dé prisa. Daniel... Daniel Zujnglio ... ..  
 ... ..  
 ... ..  
 ... ..  
 ¿José Manuel?, ¡hola! ¿Qué tal? Sí, yo sí, estoy algo mejor, gracias... ¿Cómo te fue en el examen? No te preocupes... habrá segunda vuelta, supongo. Aprieta. Me voy. Sí, salgo mañana a primera hora. Te llamo por eso precisamente; no nos podemos ver hoy, tengo ensayo esta tarde, es que, ¿sabes?, llevamos una obra nueva, aún no está montada. Algo mayor que la otra. Estoy en una cabina y no tengo más pesetas... te escribo, ¿sabes?, contéstame, me agrada-  
 ría tener noticias tuyas. Creí que fuera menos tiempo. Abrazos. Contéstame, sí, sí... ¡Adiós! ¡Hasta siempre!

Ezrael Román, tan limpito, tan peinado, tan tiesito frente a luna, reflejándose en la luna del armario de la habitación de sus padres. Manos, manos ya pellejonas, algo negruzcas, color de hígado ya cansado de vivir, manos que le estiran la chaquetilla blanca de marinerito de barco anclado en tierra, manos que peinan y repeinan con el mismo peine de hueso importado de la India por manos de abuelo guerrero en la Cuba históricamente colonial; manos trémulas. Manos de madre, de una madre de Ezrael Román a quien más tarde no atinará a reflejar en el espejo de sus recuerdos.

—¡Mi niño, tan lindo, qué lindo y bonito está mi niño!... ¿Qué falta, Eulalia? ¡Ah, sí, el cordón de la crucita!... ¡y el sombrerito!... No te muevas hijo. Quietito, ¡qué lindo!; mi rey, mi amor... mi príncipe hoy va a hacer su primera comunión! Ya eres un hombrecito. Quietito, Ezraelín, quieto, deja que mamá te ponga guapo... tienes que ser lo más bello que vaya a la Iglesia... ¡Pero, Eulalia, donde te has metido? ¿No te das

cuenta de la hora que es? Quieto, hijo, quieto... déjame que te vea... si tu padre, tu pobre padre, pudiera verte... No te olvides lo que tienes que contestar al cura... Ezrael, dime, recuérdalo conmigo... ¡Eulalia, qué haces que no vienes!... ¿Qué hora es? Dios mío de mi alma qué apuro. Querido, hijo, a ver, ¿recuerdas algo? Ya ha vuelto a despeinarse. No te muevas. ¿Te vas a sentar? ¡Eulalia! Te arrugas. Sólo falta un poco. ¿Ezrael, qué hora es? ¡Qué lindo, amor! ¡Pero qué guapo! ¡Hay que sacarte una foto! ¡Dame, dame, Eulalia yo se lo pongo! ¡Quietito, quietito, niño, no te muevas que mamá te está poniendo muy guapo! ¡Se nos olvida el sombrerito! ¿Qué hora es? Trae el sombrerito, Eulalia! ¡Rápido! Ya casi no tenemos tiempo. Qué tarde se ha hecho, Dios. ¡Eulalia!... ¡Ay, hijo mío, qué sofoco!... ¡Qué me pasa! ¡Dios mío, qué ahogo!... ¡Ezraelín, hijo... ayuda a tu madre!... ¡Eulalia, las pastillas... Eulalia!... ¡Hijo mío... Hijo... Dios mío...

La pobre mamá de Ezraelín ya no ve claro. Sus ojos se han enturbiado por un blanco espeso que le viene del corazón. Su mano se aferra al pecho. El ahogo le sube del pecho a la garganta. Los ojos en blanco... la boca abierta... el cuerpo estirado, casi curvo, el aire escaso...

Ese día Ezraelín no hizo la primera comunión, ni al siguiente día, ni al otro, ni al otro...

En la casa, durante varios años, el tema de la primera comunión de Ezrael Román fue tabú, y Ezraelín Román creció sin llegar a saber nunca a ciencia cierta cómo no había hecho la primera comunión.





El hombre bajito con la cuerda y perro cruzó la calle, dobló la esquina y desapareció de la vista de Ezrael Román. Sus cuarenta y cinco kilos, mínima expresión corporal, hallábanse distribuidos de forma empenada. La espalda del hombre bajito y borneado encontraba su cenit en una bien formulada peta, ufana de altos vuelos, sabedora de equilibrios funambulescos, émula de pica en Job sapia. Tal personalidad poseía la peta del enjillado hombrecillo que de no atender alguna que otra vez a las palabras que salían de sus agrietados y lambuzosos labios podía parecer que se hablaba con orugón insado y no con una fisca de varón que aunque murgañó, agallas y sello de tal poseía. Cabezas de hojas secas le salían por las bocamangas.

Una sogá emborrollada, algo más gruesa que una liña, se metía en el puño bien apretado del engurruñado. La mano huesuda, pellejuda, fechadura de la suciona guita, tironeábala de continuo, como en un tic nervioso, guiño de ojo entuertado, produciendo en el perro mandinga —más cercano a un machango o a un cabrito lechón que a un lebrel guardián— unas tonturas eternas que le tornaban pazguato. El sesentón enjillado sitaba a menudo al perro belillo por

embullarle, logrando con mucho que se arrimara a su pernera donde se fregoneaba el lomo.

—¡Echate p'ayá perro jediondo, que te voy a dar una folía!...

El viejo caminaba zambón, tortuoso, algo de meticulosidad se veía en sus andares. Atrás, el cabrito engurrumiñado parecía querer clavar-se en tierra, y con tesón. De un jalón de la soga, como de un corte limpio de hachón limado, el viejo desengrudó al baifo emperrado en la tierra.

—¡Pá mear y cagar, tu casa o el jardín!  
¡Vergüenza debería darte! ¡Zape!...

El viejo morgaño se interesó de pronto por la distancia que le separaba de Ezrael Román y volvió su rancio cuerpo dándose más parecido a una bayeta retorcida destilando agua sucia, que a una columna salomónica que aunque parecidas, diferencias las separan.

—Lorry... Lo he dejado grabado... ¡el muy tontucio!... habrá creído que eres tú, perro zerneja, quien me ata a esta vida sin sentido. ¡Ay, vieja corneja, gracias a tí logro echar de vez en cuando mis hieles al exterior!... eso he de agradecer, tu masoquismo y pertinaz y estúpida fidelidad.

El hombre de paja aquejado de súbita rabisca tornose del derecho y arremangando del cachito de perro de enrizadas lanas, asumióse la responsabilidad de dar ligereza a su orinada máquinada. Y sin rumbo fijo anduvo rápido,

siempre tironeando del perro monifato y collón, gacha la jeta, de nariz en avanzadilla sobre el mentón y de ojos chicos escudriñadores: centenarios...

...Y se fue al otro lado de la ciudad, donde habitan hombres cansados de existir, que esperan ganarle la partida a la muerte.

De fondo oíase la canción del morrocoyo como venida de más allá de donde los niños jugaban al teje:

En lo profundo del mar  
suspiraba un morrocoyo,  
y en el suspiro decía:  
con el tá, con el té, con el toma...

En aquel lado de la ciudad habitan hombres cansados de existir y que esperan ganarle la partida a la muerte...

El viejo con perro y cuerda llegó a aquel lado de la ciudad con el tiempo suficiente para asistir al ocultamiento del sol bajo la raya horizontal. Un gusto de hacía años que había que cumplir a diario, porque el viejo llegó a creerse que de eso, en parte, dependía su existencia. Y en cierto modo así venía a ser. Si hombre y perro no llegaban a tiempo a aquel lado de la ciudad más elevado que el resto, algo raro les pasaba.

El viejo se quedaba como petrificado y el perro poníase a aullar persistentemente. Luego se le quemaba el cuerpo de paja del viejo, y el perro tornábase a morrocoyo.

Aquel lado de la ciudad hallábase más elevado que el resto. Había sido aquel sitio, siempre, las afueras de la ciudad, pero en corto tiempo comenzaron a proliferar las casas de cuatro

grandes paredes simples y techo de zinc. Toda nueva construcción aprovechaba el espacio que le permitían sus vecinas y así lográbese, sólo por casualidad, en aquel desordenado y pobre conjunto de casas adosadas a la ladera de la empenada montaña, una continuidad de frente y de altura que la hacía más macizas, y a veces, menos desagradables a la vista.

El sol estaba en su ocaso y el viejo se teñía de cobre.

El viejo llegaba a lo alto, donde aquel pedrusco de forma de abeja reina coronaba descaradamente el macizo ascendente de casas de adobe y zinc. Resoplando, al fin se detuvo, y tironeó una vez más de la cuerda del perrito mandinga y sacó una pajita de las muchas que salían de las bocamangas de la lambuzada chaqueta y prendiéndole fuego comenzó a dar cortas y rápidas chupadas al improvisado cigarrillo. La llama de la pajita guiñaba su luz en busca del hocico del viejo morgaño, pero sus labios escupieron y la pajita murió muy fácilmente en la tierra negra. El viejo alargó los brazos en forma de cruz, lanzó su cabeza hacia atrás y en postura de oráculo vomitó con su chillona de grillo eunuco la siguiente confesión, que sin duda se la dictaba su alma universal.

—Before es mi nombre y fui capaz de nacer allá  
de 4.000 años,  
un veinticuatro de febrero del año que resulta

de sumar al actual 200 décadas. Baal es  
mi padre, padre de cientos  
de hijos, por la unión íntima con mi madre la  
diosa Tierra. Del Dios  
de la materia, Baal, mi padre, heredé las más  
brutales virtudes. Gusto de comer con  
deleite de los 15.000 frutos  
benignos que mi madre pare a través de sus  
poros. Me rocío, boquiabierto, con el pastoso vi-  
no de color rubí. Como y duermo en los  
altares cuando quiero.  
Poseo, sin respetar virginidad o vejez, a toda  
mujer que se me grave  
en el seso,  
en el lugar que queda encerrado entre mis dos  
pequeños cuernos,  
émulos de la hermosa cornamenta que campea  
en la abultada frente de mi padre.  
Mis bostezos,  
como trompetazos dados por cíclope ebrio, se-  
ñalan a la Aurora, mi madrina confir-  
mación, el momento de abrir las puer-  
tas al sol.  
Muerdo donde me place, bien en muslo  
de carnero salobre como en cuello de campesina  
rolliza,  
saciando así  
mis deseos  
de sangre. Huélgome entre caza y bacanal, re-  
tozando,

al aire mi chiva negra de presagios  
cruentos, al solaz recaudo de las verdes entre-  
montañas, arrancando mala yerba de  
entre los pastizales, unas veces, y otras,  
destrozando

con mis patas traseras las bulbas de los ali-  
mentos que el campesino, ¡mi querido  
grano de arena!, ha injertado  
en la oronda barriga de mi madre querida, La  
Tierra.

Soy gandulillo,  
de gandul, mi padre Baal, Baalillo.  
Me esfuerzo en el amor con deseos desesperados,  
intentos de divinidad. Y la alcanzo, doy fe, al  
menos un segundo

antes, y la pierdo uno  
después. Soy paticorto, brusco,  
bronco y figón,  
adúltero, pérfido, borracho y cabrón,  
hediondo,  
quimérico, sano y santón.

Me gusta la belleza y tranquila,  
dormida. Me cumple en creces de dicha la copa  
y el copón,

el juego y la deuda  
la químera y la verdad concreta.  
Atieso, embistiendo con brutal ímpetu  
los bajos de los árboles,  
los culos de caballos y caballeros,  
las nalgas de las prostitutas a quienes tanto

quiero;  
y en guerras, al punto afilo  
las puntas de mis cortos y macizos cuernos  
dando la puntilla, toque de gracia, al peor  
maltrecho: soy un sentimental...

Adamar, adamar, y luego morir...

Me he sucedido como el ave,  
purificándome en la tierra, fertilizándola, y  
dando nueva vida a mi divinidad  
en la muerte.

Dejo reposar mis restos inertes  
sobre el mantillo de mi madre, pudriéndome  
y manando de continuo de los pechos de la diosa  
que me saca,

madre amantísima de toda la materia, de entre  
mis despojos.

Renazco jovial. Salto con mis trompetas de gar-  
ganta.

Por unos segundos me domo, autodomino la vi-  
talidad exuberante,

agarrando mis cuernos aún incipientes,  
y recorro mi vista por todos los valles, desde el  
altozano mi altar levantado,

y lanzo al mar la nueva de mi nacida, quien la  
devuelve partida en ecos de olas

quebradizas, y bajo al valle  
más cercano, y déjome ver inopinadamente



asustando a reales y  
alegando a la plebe.

¡Oh, mis pueblos, como amo a mis pueblos!...

He vivido entre persas,  
sumerios, cananeos, hititas, acadios, hebreos...  
y he traspasado las fronteras de  
los tiempos y los espacios.

Fui yo quien vertió la cicuta en el vaso del in-  
crédulo,

del asesino que fue de la tragedia. Y fui, demo-  
nio y santo

quien inspiró a Novalis, quien hizo hablar a  
Zarathustra,

quien se injertó en el cuerpo de Artaud,  
quien cambió a Estarhazy por Dreytus (y el  
mundo dio un paso adelante).

Soy quien ya no se acuerda desde cuando  
vive en libertad

infinita, y traba diálogos del pasado  
con el presente, con la misma facilidad ("en el  
juego de la comba salta

la niña, brincos cortos y graciados, de un lado a  
otro de la liña"),

que un hombre nace y otro muere.

en mi cuenta,

pues ni se me yergue

el futuro, ni se encuentran puertas cerradas a

mi retroceso...

Algo de los hombres vividos y por vivir  
en mi nacen y mueren, Baal,  
Baalillo, ese soy yo.

Una vez que se hubo comunicado con el  
atardecer, sumióse en una tristeza profunda. Y  
se metió en una cueva no sin antes haber aga-  
chado la cabeza para no darse en la frente con-  
tra la pared superior de la gruta.

Pamplona, 17 - Abril - Lunes

Querido José Manuel:

Es difícil medirse. Diría que muy difícil. Primero había que poseer un patrón de medida no sujeto a incoherencias históricas. Es decir, yo hoy, con ese dolor que me dura desde antes de nacer, ¡y sabe mi futuro cuanto me ha de incrementar cada día!, no digo que se me aumente, sino que cobra formas distintas, tampoco he dicho que no esté ya desmesuradamente aumentado, quizá haya dicho mal formas distintas. Probablemente en el caso del dolor las formas que lo recubren importan poco, aunque sí importan a la hora del engaño, a la hora que se te presentan a primera vista, porque primero miras al cielo nocturno y ves estrellas, sólo estrellas pero luego, fijos los ojos en los granitos de luz, que motean el telón de fondo, se diferencian, hasta se separan unas de otras, y se te ofrecen, siempre guiñándote su luz diferente. He visto estrellas rojas, azules y verdaderamente amarillas, y hasta grises, juro que no las he visto de más colores, aunque quizá no me acuerde bien. En la hora del engaño el pen-

samiento te ha jugado al juego del juego, te ha burlado por un ¡quítame allá tu ignorancia! con este dolor que apenas soporto, con esta crueldad ineluctable con que me trato quizá por aquello del umbral máximo, es posible, no sé, que las catarsis provengan en el mismo momento en que se padece el dolor del dolor, que podía ser lo mismo que el dolor siete veces siete, en ese supuesto límite en que sentir más fuera la muerte, allí, en esa hipotética línea, membrana de amiba, y de ipso facto la tranquilidad, ¡qué digo!, el renacer porque sería más fructífero, más conscientemente gozable pues me sé recordándome: un gran problema mi mala memoria...

Hoy he ido a ver **Manzanas para Eva**, un show de Chejov, peor que peras, por, sin, según, tras un olmo, o que higos para, por, si, según, tras una parra.

Abrazos,

DANIEL ZUJNGLIO

Uno frente del otro se vieron. Observáronse largo tiempo. Los ojos de ella eran azul intenso, los de él miel, y si la luz les incidía, verde transparente. Al tiempo que sus hijos tuvieron nietos él despegó los labios y manifestó curiosidad, aunque, ¿para qué? todo lo había bebido ya de aquellos ojos de mar cálido y abierto.

—¿Cómo te llamas?

Y tardó largo trecho de reloj en llegar a la contestación, quizá fuera la duda de no saber si su nombre era el suyo o el de él.

—Laura, me llamo.

—Yo...

—¿Y tú?

Ya producida la oposición, la consciencia se tornó rubor en los pómulos del enamorado. Y en tono de firmeza dio gusto al amor que le había hecho entrar en el paraíso, y dijo: "Aunque Soldadesca me llamara, hoy es mi deseo rebautizarme en tus besos con el nombre de Lauro".

Y se cogieron de la mano.  
Y se fueron a través del  
túnel del tiempo.

En un sábado fue lo contado, y hoy que es lunes, tras pocas horas que ocupa el trasunto de un extremo al otro y el paso de un domingo, él frente a ella está, y ella frente a él se mantiene.

No había pasado tanto, uno mismo al dejarlos sólo líneas arriba, quiso jugar a designio, quizá alcahueta, y eso, aún hoy debía estar castigado porque más alcahuetas hubiera, y que más uniones comulgantes de esa divinidad se produjeran.

Pero ellos volvieron, doblaron la esquina de la noche, y esa sola vez, insomnio de preocupación, fue suficiente para acumular respuestas, pensamientos, posturas a seguir, ¡qué pena tan fríamente!, en lances que son de ciegos. Y la razón se impuso, ¡y qué razón tiene la razón!, y ¡quién se la puede negar al sentimiento?

El habló. Hizo de tripas corazón, e hizo de su egoísmo una batalla de amor.

—No sé cómo decirte esto...

—¿Estás preocupado por algo?

El rostro de ella, ¡para qué decir!, parecía querer adivinar no sólo por compartir, sino por acaparar...

Y él rompió la línea de sus ojos, y luego volvió a mantenerla.

Y le dijo que temía por su enamoramiento, y que él luego no lo podía evitar, ¡así de sencillo!, y sentía mucho su no amor... quizá su frialdad. ¡Pobre niña, pena nos da! ¿No lloras?

Silencio, psch... parece meditar un gran mutuo, o una simple solución que todo lo disipe y trueque en risas para los dos. Sólo una sonrisa, la de ella. Y es sólo para apoyarse. Y asiente.

—De acuerdo. ¿Ya?

—Sí, es mejor... ¿Comprendes? Soy, como te diría, un desamor, y eso es malo, y daño te haría... ¿Comprendes?

—¿Y tú?

—No te preocupes. No sufro. Tú eres mi temor... Gozo del cuerpo, lo demás no lo entiendo.

—Pero...

Y le dijo que ya que le conocía no le tuviera desprecio, al menos amistad, que él no sufre porque no sabe eso. Ni padecer.

—Pero la vida? Para ti...?

—Sí, un absurdo.

El pecho de la niña hervía en mil contenidos deseos: de súplica, de horror, de pasión, desespero, amor ya truncado y por ello alimentado con las astillas de su alma rota.

Y, aún, pelele, se atuvo a sonreír.

Sentado sobre el muro miraba hacia abajo. Allá, todo vertiente, se recortaban las siluetas blancas. Casas alineadas como portal en ritmo ascendente. Arranqué una ramita del matojo que hacia mí se acercaba. Golpeaba con la ramita mis piernas, mientras pensaba, cantando, Love Story. Más abajo que yo, a pocos pasos, entre la roca y el pino, una pareja se abrazaba y besaba ignorantes de mis ojos. Noté que estaba entrando en sus intimidades. Dejé de llevar el ritmo de mis pensamientos, y paré la varita. Creo que el calor subió a mis mejillas. Pero algo extraño me sucedía. Inconscientemente me encontré observando de nuevo aquellos dos bultos. Ahora sus abrazos eran menos convincentes. “Dentro de unos momentos estarán separados”, pensé. El se retiró de ella. Se miraron. El observando; ella temiendo.

El diálogo entre ellos dos nació natural, sin preverlo:

—Tus besos...

—¿Sí?...

—¿Es lógico que me guste la flor del cactus?

—A mí también me gustan, pero estofadas.



- ¿Usted es de familia de alcurnia?...
- ¿No me tuteas?
- Te conocí ayer...
- Y me llamabas señorita Laura. Anoche, sólo Laura. Y hoy, hoy...
- Sí. Pero el de ayer fui yo. No te extrañe.
- El de ahora, ¿quién?
- No sé si me pertenece.
- Me has besado, pero no has llegado a mí.
- Será por el licor. El licor siempre me ha hecho torpe.
- ¿Leíste el periódico esta mañana? Una mujer fue encontrada anoche muerta cerca de aquí, en "Las Tres Rocas Sangrantes". Era rubia como yo, y de ojos azules.
- ¿Y el asesino?
- No la habían matado. Dice el periódico que influenciada por la bebida había lanzado su coche a gran velocidad. Un árbol se le puso delante, y...
- ¡Plaf, no!
- Si hubieses tardado un poco más te lo habría agradecido; así no...
- Ya te lo he dicho, prefiero la flor del cactus. Es... ¿cómo te la diría?
- Agridulceamargablanca? ¿Será eso?
- ¿Quizá!
- ¿Te canso?
- Un poco. Besas demasiado bien.
- Pero coso muy mal los calcetines.
- Dale la vuelta al disco...
- Los asesinos deberían estar sueltos en pleno día.
- Se les notaría en las caras sus condiciones. Es lamentable que aún no ten-

- gamos piso.
- Lo prefiero así. Quiero tener hijos estando casada. ¡Mira, allá arriba hay uno!
- ¿Hijo?
- Asesino. Está sobre el muro, mirando hacia acá. En su mano derecha tiene una varita. Se golpea. Esta gente suele ser también masoquista.
- ¿Aquél?
- ¡Eh, oiga! ¡Usted! ¡Sí! ¿Cuánto me cobraría por matar ahora mismo a esta preciosidad?

“Están de broma. Estos quieren tomarme el pelo. ¡Pues están arreglados”; pensé antes de contestarle.

- ¡Quinientas pesetas!
- ¡De acuerdo! ¡Aquí las tengo! ¡Se las dejo en el suelo! ¡Mírelas! ¡Son de verdad! ¡Yo me marcho ahora! ¡Hágalo como quiera! Adiós cariño. Te agradezco estos momentos que me has dedicado. No has sido como la flor del cactus, pero no ha estado mal del todo.
- ¿Te vas? ¿Qué culpa tengo yo en no ser una flor de cactus? ¿Me echas en brazos de otro hombre? ¿Y a que me mate?

El hombre se marchó pendiente abajo. Ni una sola vez miró hacia atrás. Bajé del muro camino de la rubia. Al llegar a su lado miré sus ojos. No expresaban miedo, sólo desamparo. Frustración. Se echó en mis brazos sin apenas mirarme. La acepté. Había estado tanto tiempo solo.

Nos gastamos las quinientas pesetas en una  
cafetería de la ciudad.

Ezrael Román fue la tarde de un miércoles a ver al ciego y le encontró en la cama. Se miraron unos segundos, sin decir palabra, o porque Praxes Dato no le recordaba, o porque entre los dos ya no había nada. Ezrael pensó en la ceguera y le dijo:

—¿Ya no se acuerda de mí?

Y Praxes Dato mintió, diciendo:

—¿Se olvida que no veo?

—Lo siento.

—De nada... Noto su voz algo truncada... no se preocupe, no lo paso tan mal.

—¿Se siente mejor entonces?

—Mejor que nunca, sólo me falta la tapa, y la felicidad será absoluta.

Ezrael se sintió incómodo, pues caló en la amargura del ciego, sorda, doble y negra amargura del niño que se mea en la cama. Y de nuevo habló Ezrael, y sin saber por qué le pidió un vaso de agua.

—¿Me da un poco de agua?

El enfermo hizo girar sus ojos hacia donde la voz había venido y miró a Ezrael Román y le vio su cara de agradable simplón, pero sería y atenta.

—Cójalo usted mismo, ya sabe donde está la cocina...

Y el rubor manchó el rostro del hombre inculto por algo que no era pecado, salido de sus labios. Fue a la cocina, cogió un vaso y lo llenó de agua del chorro, se bebió su contenido y volvió a la habitación de Praxes Dato. Se sentó y sin decir palabra dio compañía al enfermo durante siete horas, al cabo de las cuales sintió sueño y durmió. Como el frío de la noche quisiera meterse en sus huesos, unas manos femeninas le cubrieron con una manta de lino viejo, seco y trasparente, pero que daba un calorillo especial.

Teresa, antes de entrar de nuevo en la oscuridad de las paredes, se había inclinado sobre la frente de Ezrael, y en ella había depositado un beso trasparente, más fino que el lino de la manta pero más cálido, algo más sensorial. Y Praxes Dato no murió esa noche, sino algunas más tarde, aquella en que doña Lucía cantara una nana teniendo en sus brazos el cuerpo dormido del insignificante Ezrael Román.

- ¿No será por lo del otro día, doña Lucía?
- ¿Qué cosa, hijo?
- Lo del embrujo... usted y yo... los dos...
- Quizá aquello fuera un aviso... cuídame a los dos siameses... ¿eh?...
- Sí, doña Lucía...
- Júramelo, yo se lo que son los jóvenes, se enamoran por ahí de un cuero y si te vi no me acuerdo... cúdelo todo. ¿Quién va a acompañarlo ahora en sus ratos de ahorcado, don Ezrael?
- Doña Lucía, ¿por qué no nos tuteamos?
- Como quieras, hijo. Eso hace ya tiempo que no lo sé diferenciar. El tú o el usted siempre han distanciado a los hombres, por eso yo he utilizado el usted en todos los casos...
- No le entiendo bien, perdón, te entiendo bien, Lucía...
- ¡Pero bueno, yo muriéndome y hablando aquí de tú y de usted!... Ayúdame a levantar... Quiero ir hasta la ventana, necesito ver la calle.
- Te cogeré en brazos, no te preocupes,

no hagas fuerzas... tu cuerpo es frágil, dulce peso que parece aliviar el de mis brazos... Lucía, ¿pero cómo es que no te conocí antes?

—Antes tenías que haber nacido... eres un niño, y sin experiencia quieres andar en el camino del amor... aunque conoces mucho de la vida y la muerte. Siempre supe que habías de ser quien me diera la muerte untada en beso de labios... pero no me beses aún... acércame más a los cristales... que día maravilloso, hace mucho tiempo que no veo tanta luz junta. ¿Qué cantan aquellos niños que bailan en corro? ¿Les oyes?

—Creo que es la canción del morrocoyo.

—Yo la cantaba de chica, hace tantos años que ya no me acuerdo. ¿Sabías, Ezrael, que soy casi centenaria? Dime la letra, quiero recordarla...

—No sé si me acordaré del todo...

En lo profundo del mar  
suspiraba un morrocoyo,  
y en el suspiro decía:

con el tá, con el té, con el toma...

—Toma...

—¿Qué

—Mis labios, bésalos ya. No dudes en hacerlo. Yo tampoco deseo sufrir más y quiero terminar esto cuanto antes... No llores, Ezrael. Bésame...

—Quizá... si evitamos...

—Tienes que besarme y todo terminará para siempre, al menos para mí. Bésame.

Ezrael Román con gran dolor de su alma inclina su calva brillante sobre el cuerpo viejo y

frágil de doña Lucía, y abocinando los labios como si fuera a decir -u- deposita sobre los arrugados y retraídos labios de la moribunda un suave y frío beso de despedida. Con gran cuidado Ezrael Román coloca sobre la cama el cuerpo inerte. El reloj más cercano daba las 11 campanadas de la noche. La oscuridad, en el exterior, era casi completa sólo disminuida un tanto por los guiños de la única bombilla que aún quedaba sana y que amenazaba con fundirse. Ezrael Román abrió la ventana de par en par, quería recibir el aire fresco en el rostro. A la muerte ya no le podía hacer daño. Respiró profundamente, la cabeza se le llenó de recuerdos que pasaron en un segundo. La voz que salió de entre sus labios sonó metálica, fría, cortante, extraña en Ezrael Román.

—Ciertamente, me siento ángel exterminador.

Luego su rostro se tornó triste y lloró abundante, tanto, que doña Lucía hubo de volver al calor de la vida durante unos minutos, los suficientes para que en Ezrael Román reinara la tranquilidad. Doña Lucía le había tomado en sus diminutos y cetrinos brazos como quien coge a un niño de pañales y con su vocesita de pera en dulce, hilo sutil de suspiro de monja, lentitud de quien ya no es de este mundo, le había cantado una nana muy triste, quizá en el mismo tono de ternura que a ella se la habían cantado lustros atrás.

Este galapaguito  
no tiene madre,  
lo parió una gitana,  
lo echó a la calle.

Duérmete, niño pequeño,  
duerme, que te velo yo.



Dios te dé mucha ventura  
en este mundo engañador.

A medida que Ezrael Román había ido cerrando los ojos aquejado de una paz y tranquilidad infinita, la frialdad fue poseyendo el cuerpo de doña Lucía. Los dos cuerpos yacían en la misma cama, uno poseído de un letargo temporal, el otro camino ya de su putrefacción.

Al primer canto del primer gallo, el cadáver de doña Lucía comenzó a achicarse, con tal rapidez, que no habiendo terminado el último gallo de la madrugada, su último ki-ki-ri-kí de la noche, habíase transformado en algo arrugado y negruzco no mucho mayor que el dedo meñique de Ezrael Román. A todo esto, entre cantos y cantos su ensueño preferido “me veo solo en una gran llanura, sin nada que abrigue mi cuerpo, y corriendo sin parar, no en línea fija, sino en zig-zag, adelante o atrás, pero siempre corriendo... y me siento feliz corriendo, pero mi pecho se resiente y me parece que fuera a estallar, no hay fin, lo sé y no me preocupa, y en una de estas me estalla el pecho, y me salen de estampida el corazón, los pulmones y un chorro de sangre, que sin dejar de manar, riega toda la tierra. El corazón al caer en la tierra ha provocado, casi sin tardanza, que de entre los matajos bajos me viera emerger como cuando me levanto del suelo y me miro en la luna del armario de mi cuarto y allí, donde estallé, sin sentir dolor, veo como yo corro en frenética carrera por aquel descampado...”, y manoteaba y movía su cuerpo en la misma cama en que doña Lucía perdía volumen y en uno de aquellos movimientos el diminuto e irreconocible cuerpecito de doña Lucía fue a parar, de un manotazo, golpe brusco y certero de la mano derecha de

Ezrael Román, describiendo una bien pronunciada parábola, a la maceta verde que se hallaba sobre la mesa camilla del cuarto azul de doña Lucía. El pequeño cuerpo verde - negro cayó como plomo y se acomodó en la pequeña hoquedad que había producido su choque contra la tierra roja de monte. Del centro de la maceta salía un frondoso geráneo bermellón que queriéndolo o no, se inclinó del lado del cuerpo menique y lo cubrió, quizá por el frío de la noche, con sus hojas redondas de pelusa de melocotón una cara, y la otra lisa pero acolchada.

“Nos gastamos las quinientas pesetas en la cafetería que hace esquina en el extremo sur de la calle de Los Sauces, en la cafetería Zelare. Habíamos estado hablando del actor, amor que quería olvidar y del hombre que me ofreció las quinientas pesetas.

—No me importa decirte la edad. Verás que ya no soy tan niña...

Y me miró fijamente a los ojos. ¿Qué me buscaba?

—...tengo 32 años.

—No los aparentas.

—Eres muy correcto...

Y sentí que el rubor subía a mis mejillas. Había mentido y no tuve temple para mantenerme en la delicadeza que le había dedicado. Sí, los aparentaba, y algunos más se hacían entrever de aquellos ojos constreñidos, acaso por el dolor del alma, y es que dicen que “la boca portal del rostro, y, son los ojos confesión del alma”.

—Me cuesta mirarte a la cara.

Dudé antes de preguntarle el por qué de esta imposibilidad.

—¿Por qué? A mí me resulta fácil y... no creas que soy cortés. Hablo porque me gusta tu rostro y porque adivino algo más —y mira que es mucho lo que me dice— detrás de él ¿Por qué?

—No sé... quizá no lo exprese bien. Posiblemente te parecerá una gran estupidez... pero... te me pareces blanco... es decir, sin nada que ocultar, sin remordimientos, sencillo, por tu seguridad. Y me entristeces, me haces mirar hacia hacia atrás.

Se entrecortaba, Laura, al hablar. No quería interrumpirla, quería que, aunque pudiera el silencio ocuparnos en largo tiempo, ella pariera sus palabras, sin ayuda alguna. La posible ayuda vendría después. Sus ojos me la habían estado pidiendo desde el principio de la tarde. Pero todo a su tiempo, pues yo deseaba ofrecerme en mi totalidad y muchas veces me hube de trincar la lengua. De ella tenía que salir su confesión. Al menos yo así lo veía, y así resultó.

—Ezrael, te temo...

—¿Y tanto has tardado en decir eso? ¿Y por qué? No digo que no me hayas de temer. Pero, ¿por qué?

—Yo ya no soy una niña.

—Lo sé. Ya lo dijiste.

—...quiero decir que por no serlo ya no puedo actuar como si lo fuera. ¿Comprendes?

—¿Es sólo eso? ¿Es eso todo?

—¡No, que va!

—¿Qué más, entonces?

—¿Sabes qué he buscado en los hombres hasta ahora? He buscado... seguridad, firmeza, rocas en que me pudiera apoyar... es eso para mí el amor ... ..

..... “Me llamo Laura. Me enamoré una tarde, ya casi no me acuerdo cómo era la tarde, quizá nunca en realidad la ví, una tarde sé que era, más bien entrada la noche, cerca de la noche... me sentí como tocada. Seguro que había luna, una luna gorda y luminosa. ¡Dios mío, había luna o no la había! Me gusta pensar que la luna estaba allí. Porque todo fue tan rápido, tanto, que... parece haber dejado parte de mi misma tirada en el camino...

Estuve sola, sí, muy sola. Estábalo tan estúpidamente que no encontraba sentido alguno al cotidiano moverme en las no menos cotidianas acciones que cúmpleme desempeñar cotidianamente.

¡Bah!... ripios...

Pero juro que aquel toque no fue un ripio. ¡Pero cómo objetivarlo!

Creí que me había salvado, y sentía como un tocar nítido de cornetas suprareales que, alojadas en mis dos trampas, quisieran dar la bienvenida a esa eclosión de amor.

Y de felicidad.

¡Porque me sentí feliz!

Todo lo achaco, y esto es objetivación, a mi deseo martilleante de amor, ¡qué cursi!, a mi sed puñetera, —Dios mío que mal se pasa!— de cercanía, deseada y esperada antes que el reloj de pared se parara en sus toc-toc. Y es que está envuelto en una madera, de no sé qué clase —valor estructural— muy apreciada y que transforma los tic-tac del reloj en toc - toc persistentes, como si un polluelo tocara a la puerta del cascarón para salir a la vida.

Ya hace años que el reloj de pared está parado, creo que irremisiblemente parado. Porque además está en la casa vieja, y a la casa vieja ya casi nadie va.

Hubo tiempo, recién marchada de la casa vieja, en que los ojos se me rayaban cada vez que pensaba en sus cuatro paredes, y en su escalera, y en mi cuarto, y en todo aquello de lo que ella fue testigo durante más de diez años de adolescente. Pero ya no, sólo —y es bastante— siento cierta ternura cuando me enfrento con un recuerdo. Antes que el reloj de pared se parara en sus toc - toc, creo, digo, es un decir, yo ya sentía esa cosa extraña que los poetas —“esos cirujanos del alma humana”— llaman querencia...

No digo que haya sido la primera vez, pero sí que han sido pocas, poquísimas, insistiría... Poquísimas veces el amor ha llamado a mi puerta, ¡y yo tan densa en apetencias!, pero aquella que lo fue, el aldabonazo que zumbó en mi pecho encontró ecos en holguras y se infiltró por todo mi cuerpo. Más, mi ser todo.

Y hoy, cosa extraña, me encuentro acompañada. Debería estar llorando como el amado a quien han dejado para el desconsuelo, o como la amada que ha perdido su amor... Debe-

ría...

Y es así, que nadie se llame a engaño; no estoy acompañada. Pero qué certeza de no sé qué me llena, ¡y me cubre!, después de haber amado. ¡Qué romántico!, ¿verdad? Y siento unas ganas locas de llorar, quisiera parecerme hoy, hoy sólo —¡qué felicidad!— a las porteras, a las clásicas porteras ya sin mantillas, que berrean los desconsuelos y sufrimientos de los demás cuando pegadas al transistor se empapan en la novela de turno. No es ordinarietàz, es envidia de los espíritus simples. Sí, simples.

Déjenme, dejenme seguir siendo, un rato, un ratito más portera radioescucha. Insisto...

¡Qué envidia de los espíritus simples!...

Podér llorar, saber llorar, y llegar a empapar como bizcocho en caféconleche mañanero mi pijama de franela roja, el piso de mi cuarto, las paredes empapeladas de mi cuarto, las escaleras, y el edificio todo, ¡y por qué no!, la vecindad, el barrio, ¡cuánto lloro, Dios mío!, la ciudad, el país, todos los continentes... y empapar el mar, todo el mar que cabe en esta tierra ancha y viril, y que mi llanto, mis lágrimas una a una, llegaran a la luna, mi serio testigo, testigo de todo lo que en realidad ha sido mío, y luego a Marte, Venus, Júpiter, Saturno, las estrellas... ¡No, al Sol no!... que hagan giros, elipsis, zigzag... que eviten el Apolo del Universo...

—Me voy, mañana me voy...

—Demos un paseo pues... despedirnos... no sé, me coges desprevenida...

—Es mejor así. Y ahora no puedo entretenerme, he de hacer las maletas; yo...

—¡Las maletas! ¡Que esperen las maletas!

—No son sólo las maletas. Tengo que hacer un par de visitas y es tarde.

- ¿Entonces?
- Nos veremos.
- ¿Cuándo?
- No sé... yo espero que...
- ¿Cómo? ¿Cuándo? No me volverás a ver...

Silencio. Miradas al suelo. Incomodidad.  
Decisión al fin.

- Una de las razones, quizá la principal, por la que me molesta marcharme, eres tú...
- ¡Vaya!, algo es algo...
- Me voy ya.
- ¿Ahora mismo?
- Sí, me esperan. Te escribiré. Tienes la ruta, puedes escribirme. En los teatros me entregarán las cartas. ¿Piensas, por fin marcharte?... Adiós...
- Pero...
- Es mejor así, por los dos. ¿No crees?

Y me dijo que era mejor así ¡No, no lo creo!  
¡Un momento! ¡Una hora para despedirse, hasta sabe el Mundo cuando, no es mucho pedir!  
¡Y ni eso! ¡Que era mejor así!...

Quizá, no sé, quizás fue mejor. Ese saborcillo extraño, dulce agrio, —¿será eso masoquismo?— no me parece mal, creo... me parece como” ... ..



... ..  
 ... .. es que... sabes?, creo hoy que  
 te he encontrado, tú que tenías que ser mi ma-  
 tador... creo que tú que eres así de seguro...  
 que tú ... ..  
 ¿Me matarás, Ezrael?

Y medió más silencio entre los dos, ella,  
 ahora, me bebió los ojos con los suyos de mar.

—¿Cómo se te ha podido ocurrir tal cosa?  
 Pero, ¿qué te ha hecho pensar que?

Pero yo le hablaba como quien quiere con-  
 vencerse a sí mismo: le hablaba mirando al ce-  
 nicero de barro que se movía en mi mano dere-  
 cha, hablaba más al cenicero tizado por brasas  
 de cigarrillos, que a Laura que me centelleaba,  
 ya en mis ojos, en mi frente... en mis labios,  
 ya en mi mano derecha, a quien, sin ella saber  
 por qué, comenzaba a temer.

—¿Sin violencias al menos, Ezrael?

—Como agua mansa, amor.

—Pero, ¿por qué?

¡Y Laura preguntaba que por qué! ¿Y qué  
 sabía yo? ¿Pero estaba en mis manos acaso el  
 sí o el no? ¡Si no me había enterado hasta aho-  
 ra! ¿Pero por qué la seguridad de lo que he de

hacer se afianza en mí y me presiona? ¿Por qué yo precisamente? ¿Por qué he de anular a Laura? ¿Ahora, por qué?

—Laura... créeme... yo no sabía ni siquiera cuando allá en la montaña cogí aquel dinero... ¡no lo supe nunca!... me rebelo... mi intención era muy otra... hasta había estado haciendo planes para el futuro, tú estabas conmigo en las fotografías del azar... me crees, ¿verdad? ¿Me crees, amor?...

—Te creo.

—¿Amor?

—Amor.

—Escucha, Laura, lo que anoche soñé. Dime luego lo que te sugiere. Esta mañana me levanté con un sabor agrio en la boca. Y temo, no sé por qué...

“Era una noche suave, tranquila, estrellada. Sólo se oía el silencio de lo callado. Un silencio que ensordece. Un silencio que te hace mirar a las alturas.

Me encontraba, no sabía por qué, en un campo muy extenso. Miles de árboles, que parecían transparentes, lo poblaban, flotando en el aire...

Recuerdo que en un momento determinado me cobijé bajo uno de aquellos nobles y frondosos árboles para encender un pitillo.

Era mi última cerilla.

Era mi último cigarro.

Arropé aquella llamita como quien ampara a un recién nacido.

Encendí el pitillo.

Una gruesa bocanada de humo de tabaco y de vapor salió de mi boca. La cerilla no se apagaba. La miré. Era muy débil, muy pequeña, pero se negaba a extinguirse.

Quería vivir.

—¡Quiero vivir! —me decía en sus guiños estertóreos.

Entonces la rodeé con el ancho hueco de

mis manos reservándola de la brisa de la madrugada.

Dos pequeñas gotas de lluvia se dejaron caer en una de mis manos al lado de aquella llanita. Temí, viendo ese pequeño líquido tan cerca, por la vida llameante. Ungí mi lengua con las insípidas gotitas. Miré la triste llama. Ya cabeceaba y se acercaba a las yemas de mis dedos. Miré desesperadamente a mi alrededor. Hubiese deseado haber visto una vela que hiciera posible el trasplante de aquel pequeño fuego. Pero sólo se veían los árboles flotando en el aire, y la espesura de lo negro.

¡Arboles! ¡Arboles!, dije. ¡La solución! ¡Dicho y hecho! Sin pensarlo alargué la mano, ya a punto de arder, a las ramas bajas de aquel frondoso árbol que hacia mí se extendía!

Pasaron unos segundos de angustia. De espera. Solo oía el rítmico respirar en mi pecho y el bombeante zumbido de mi corazón. Sentía que mis oídos estaban a punto de estallar.

Mis ojos, como luces candentes, parecían querer ayudar a dar vida a aquella nueva llama.

Un pequeño humo emergió de la unión. Poco a poco fue tomando mayor cuerpo hasta terminar en un bostezo de calor y llama que sorprendió mi rostro frío.

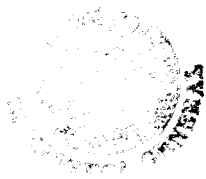
Pronto, más de lo que hubiese querido, el resto de las ramas se hicieron eco de aquella simple y pura unión. Me parecía como si todo el árbol quisiera sentir hasta en su médula la purificación que se le brindaba. Pero poco tardaron sus vecinos de soledad en sentir extraña envidia y quisieron unírsele. Llegaron a formar una inmensa y maravillosa antorcha. Gruesas columnas de humo y llamas ascendían hacia el

cielo, perdiéndose entre la negrura que separa las estrellas.

Miré aquel espectáculo.

Me sentí henchido de felicidad.

Aquella llamita se había convertido en algo grande, maravilloso... pero al mismo tiempo, terrible. Había sido tan grande su deseo de expansión, de posesión, de dar, que no llegó a ver el alcance de su angustioso grito”.



—Dramatizo, ¿verdad?...

—Sigue, sigue...

“El bosque estaba en llamas!

Pensé escapar, salir de aquella espesura de fuego que me rodeaba. Pero una fuerza, extraña, mágica, me hacía permanecer fijo, esperando... quizá mi purificación.

Lenguas de fuego parecían querer acariciar mi ropa. Un tímido humo empezó a salir del hombro derecho de mi chaqueta. Ya sentía el dolor de mi primera quemadura. Seguía firme, seguro, esperando. Varios puntos más de fuego nacieron de mi cuerpo. Un dolor agudo me impedía ver. Sólo sentía. Y lo que sentía era atroz... limpio. Pronto me sentí una llama más entre las que me rodeaban. Mi fuego ya se había transformado en una cortina que me envolvía abrazándome con dulzura, con avidez.

Un grito desgarrador salió de mi garganta”.

—Yo no quería gritar...

—Me oí como en un sueño.



“Sentí miedo de aquel grito y como impulsado por un resorte me curvé cayendo de rodillas en el suelo. Mi cuerpo se balanceó de atrás adelante. Toqué la tierra fría con la frente y me acosté del lado derecho.

Me sentía en el cenit de mi purificación. Ardía todo entero.

Mis vísceras, mi cerebro, mi esqueleto, mi carne, estaban siendo mordidos por el fuego.

Tres quejidos suaves, tranquilos, anunciaron el final de mi llama.

Abrí los ojos. Escudriñé la noche. Me sorprendió verlo todo oscuro. Esperaba haber visto la inmensa antorcha alumbrando la noche.

De pronto un dolor seco, agudo, me hizo soltar algo de mi mano derecha.

Me llevó los dedos a la boca empapándolos de saliva. Miré al suelo. Aún estaba allí aquella pequeña llama.

Pronto entabló amistad con una diminuta rama medio seca que ya iniciaba un pequeño humo.

Rápidamente accioné mi pie. Machaqué la

llamita. La raspé contra la tierra haciéndola desaparecer.

Me llevé el pitillo a la boca. Aspiré al máximo. Miré el humo gris. Dí media vuelta alejándome de aquel lugar lo más rápido que pude. Cosa extraña, no obstante, y a pesar de todo, dentro de mí, aún en el sueño, un sentimiento extraño había empezado a nacer. Sí... quizá... Un sentimiento como de purificación”.

—¿Crees en los sueños?

Ezrael Román miró al frente, dudó antes de hablar, al fin creyó necesario contar sus presagios.

—No sé, en principio no creo. Aunque tampoco sé lo que hay que creer. ¿Qué te dice éste? ¿Qué crees tú?

—Pero, ¿por qué estás preocupado?

—No sé, por nada concreto. Sólo es una sensación.

—¿Temes por mí?

—No sé... bueno, quizá sí. Quizá es que temo por ti. O por mí... no sé...

—Pero, ¿qué?

—No sé, no sé...

Aún no se saben las razones de aquella catástrofe, porque así fue de extraordinario que el inmueble de la calle de Los Sauces con un siete en el dintel de la puerta principal, se viera abajo, cuan altas sus siete plantas, en un reboltijo de piedras, hierros quebrados y deformados, cuerpos partidos en vida, ayes y desconuelos...

El diario de la mañana había recogido, en un alarde de información con grandes titulares, y con carácter de tragedia, el gran suceso ocurrido en la tarde del día anterior. Tras muchas descripciones que por muy espeluznantes que fueran se centraban en lo objetivo, el reportero firmante de la información, se dolía, amén del efecto infausto, de la falta de razones lógicas que pudieran justificarle. Y es que el reportero, quizás por la precipitación, o bien por un algo de respeto humano no quiso interrogar al único superviviente, milagrosamente salvado por una sinrazón, de todos los que en aquellas siete plantas, un viernes a las siete de la tarde, a punto de cerrar las puertas para ir a las casas, acababan de cumplir su jornada de trabajo.

Pero la fotografía de Ezrael Román salió en los periódicos, mucha tinta se estampó en su

rostro. En las primeras páginas, y en todas partes, se le vio gordete, ojeroso, y simpaticón, cogido del brazo de una mujer de ojos grandes, de cuerpo pequeño y delgado.

Daniel Zujnglio se había levantado a las cinco y media de la mañana. En la mano derecha su voluminosa maleta beige y en la otra mano la bolsa de deportes con libros y objetos de higiene de mayor necesidad. En un reloj cercano de una torre cercana daban las siete y media. Un tufillo frío a madrugada de abril le mantenía fresco, casi alegre. Pero la pesadez de los ojos le mortificaba. Los tenía rojos e hinchados. Había dormido muy poco. El nerviosismo por su primera salida a provincias no le había dejado dormir muy profundamente. Un taxi, aún no visto, brama en un acelerón juguetón, sádico, y Daniel se erige en dueño de la situación. Corre, ávido, hasta la esquina, y viendo ya el auto pintado de amarillo grita "¡Taksi! ¡Taksi!" Y como un timbrazo obediente al apoyo de un dedo sobre el pulsador, el taxista detuvo el coche, y miró por el retrovisor y vio la figura recortada de Daniel Zujnglio corriendo a cortos pasitos, pingüino zambón, con una maleta abultada en la mano derecha y de la otra un bolso de viaje azul.

—No, en el asiento de atrás, no. En el maletero. Yo le abro...

Y salió el chófer de su cluecón asiento y

torneado como una zamba, más corta una pierna que la otra, y simulando un favor que no hacía...

Daniel se disculpó con la mirada por el portazo dado al entrar en el taxi.

—A la Plaza de España.

Y arrancó el coche.

—¿Qué hora tiene usted?, —preguntó Daniel Zujnglio con deseos de conversación.

El taxista como única contestación señaló el reloj del coche: una pequeña esfera con dos agujas y unos números que marcaban las siete menos veinte o las ocho menos veinticinco. Daniel Zujnglio no queriendo romper el silencio del chófer, más por respeto que por cortesía, optó por admitir como segura las ocho menos veinticinco pues su reloj ya punteaba la hora en punto. Y dijo, sin embargo:

—Es que yo siempre lo llevo adelantado, ¿sabe?

Y ya tranquilo se dedicó a observar las calles medio desiertas, húmedas y silenciosas, solo salpicadas de vez en cuando por algún que otro coche o por un transeúnte mañanero.

“Me alegro de salir, ¡vaya si me alegro!, pensó mientras seguía en el taxi camino del autogar, —“ya estarán todos allí”— que le llevaría a las tierras del norte, a los públicos norteños, tan desconocidos para él.

—¿Qué le debo?

—Lo que marca el taxímetro y un duro más por la maleta.

—Tenga... quédesé con la vuelta.

“No se ha merecido la propina, pero cualquiera no se la deja”. Y el taxi arrancó y se fue,

y Daniel Zujnglio dio la vuelta a Don Quijote y Sancho y Cervantes y se fue en busca del autocar.

Daniel Zujnglio leyó la ruta y el programa de los lugares donde habían de representar: "Logroño, Pamplona, Bilbao, Vitoria, Burgos, Palencia, Segovia, Valladolid, Soria, Zaragoza y Valencia... en total; cuatro meses... ¡bueno!, tendré tiempo suficiente para pintar y escribir cartas..."

Encendió un cigarrillo, lo chupó fuertemente y mirando al frente, por donde la carretera se le echaba encima, expulsó un chorro de humo grisáceo que chocó contra la parte interior del parabrisas y que luego se expandió. Torció la cabeza hacia la izquierda y vio el perfil derecho del rostro del conductor: arrugado, seco y serio, pero con una comisura de labios entre simpática y condesciente. Le agradó el rostro del conductor y se dejó llevar de los saltitos que daba el autocar. "Qué bonita es la sensación de salir fuera, tanto se espera de lo que ha de venir que hasta lo familiar que dejás acaba resultando extraño". Y casi sin darse cuenta comenzó a co-rear las canciones que los demás, sentados detrás de él, cantaban a voz en grito.

El empresario, el individuo más gordo de la compañía, minutos antes de dar la orden de la salida había dicho:

—Ya saben... un autocar con gente dentro es una coral en potencia... cuidense las voces... luego no se me vayan a quejar de afonía.

Daniel Zujnglio, no por miedo a la afonía, sino por saberse con un oído regular, se había prometido mantener la boca cerrada antes de imitar a los jilgueros.



Ezrael Román a pesar de que doña Lucía le había dejado la casa de dos plantas con los pensionistas fijos siguió asistiendo a la oficina hasta el día en que el edificio de siete plantas se vino abajo. Ezrael fue el único superviviente por razones obvias, pues en aquellos momentos en que la mole de cemento se hundía él se encontraba en la Cafetería Zelare esperando a Laura. Había salido bastante antes de lo normal. Y un gran estruendo, seguido de una polvareda que pobló toda la calle, acompañó la entrada de Laura en la cafetería. Ezrael se había despegado de la barra, al verla entrar en el local. Había estado mirando, por el gran espejo que duplicaba las botellas, la puerta de entrada. A la primera señal del impresionante bramido corrió hasta Laura y la aprisionó contra sí. Laura quería volver la cabeza hacia afuera de las cristalerías pero las manos de él la tenían bien segura.

Ya era tarde y los vecinos que había bajado al bar por ver la televisión o para tomarse el café y el chinchón seco o dulce o la cañita con una tapa fría y minúscula, llenaban el ambiente con sus voces, sus gritos de cartas o dominó, o con sus silencios de billar... y no se inmutaron, quizá había ocurrido que siendo tan fuerte, tan

anormal, el ruido producido por el súbito demolimiento del edificio vecino, no pudo ser oído por ninguno de ellos. Y siguieron ocupados, emperrados hasta la tapa, en sus risas de descorche y en sus músicas de humanidad. Y fue el ruidillo de la gente que llegaba, los rostros lívidos que se asomaron a la puerta de la cafetería, más que las palabras entrecortadas que emitieron, la razón de la puesta en marcha de un batallón de nerviosismo, ineficaz y pueril. Mucho más tarde de que el primer ruido del edificio fuera oído por Ezrael, éste comenzó a aflojar sus brazos del cuerpo de Laura. Luego, muy quedo, le habló al oído y dijo:

—Te quiero, Laura. Y nos vamos a casar.

Salieron a la calle cogidos de la mano. El asfalto ya no estaba allí, lo cubría una gruesa capa de tierra y piedra y el ambiente se había vuelto irrespirable. Gente corría alocadamente para todas partes, y los flashes de las cámaras fotográficas sacaban de entre la tupida capa de polvillo blanco, que teñía el aire como una neblina ahogante, lo que había quedado del edificio.

29 - Abril

Querido José Manuel:

Hace días que llegamos a Bilbao. Recibí tu carta. Gracias por tu felicitación. ¡Siempre te acuerdas de las fechas claves! ¡Y yo siempre tan desmemoriado! Y no es que no tenga buena voluntad en ello... ya me conoces.

Recibí carta de Laura (le había enviado una tarjeta sólo para que supiera que estaba en su tierra). Prácticamente me escribió a vuelta de correo. Al principio su noticia (espera y verás cuál es) me sorprendió, me disgustó. Sí, en realidad me sentí ofendido. Hoy ya no. Hoy que te escribo tengo la sensación de que en realidad estoy alegre por ella.

Se casa. Eso era. ¿Te extraña? ¡Y ella que había ido a la isla por una temporada! Me produce una "sensación" muy especial verla casada.

Supongo que él será un buenazo (ya sé que me piensas mala laite).

De todas formas ya hacía tiempo la había olvidado, o mejor, me había sido indiferente.

Supongo que lo que sentí al principio, al saber la noticia, fue la clásica reacción del carpetovetónico. En realidad hacía tiempo que nos habíamos dejado. Hasta creo que ella me lo escribió deseosa, y esperanzada, de mi alegría por su nuevo estado. Que sea feliz, ¡Que así sea! Borrón y cuenta nueva.

Hoy nos han repartido los papeles de la nueva obra en provincias. Es una obra antibelicista, o al menos pretende serlo. Mi papel es muy corto. Hago de un soldado. Sólo salgo en el primer acto. Su autor es suizo. ¡Cómo no, un antibelicista! No me desagrada del todo. ¿Sabes que salgo en escena y ya estoy muerto? ¡Pues sí! El director me ha dicho que lo haga natural. ¡Un muerto con actitudes naturales! Incongruente, ¿no? Si logro un libreto completo te lo envío. Si quieres te envío mi parte, pero es muy pequeña. Escribe.

Abrazos,

**DANIEL**

Amigo José Manuel:

Te envío el trozo de la obra en que salgo. Cuando me proporcionen un libreto te lo mando. Dime sólo qué te parece. Es bonito el papel, ¿no?

Abrazos,

**DANIEL**



(Calle un poco alejada del centro. El ruido llega algo amortiguado por la lejanía. Cruce de cuatro calles de una ciudad. Tubos de neón de todos los colores, que se encienden y apagan. Las paredes con algunos carteles publicitarios. Un semáforo central aéreo. Pocos transeúntes se pasean. Del fondo del patio de butacas llega hasta el cruce el Soldado Número Seis. Su expresión es de máxima extrañeza. Lleva fusil, cantimplora, casco, etc., elementos que evidencian su inmediata llegada de una guerra. Se acerca hasta uno de los portales. Allí se sienta en el escalón extremo y tras apoyar contra la pared el fusil y haberse desalojado de los elementos incómodos, se dispone a descansar de la supuesta caminata recostándose contra la puerta de la casa. El ruido de las demás calles centrales se va apagando poco a poco. Larga pausa. Luego se irá haciendo perceptible el amanecer. La luz, al fin inunda todo el escenario. El soldado duerme profundamente. La ventana de la casa donde se encuentra el soldado se abre bruscamente y asoma una cabeza de niña: unos 13 años. Mira afuera y se frota los ojos. Hace un poco de frío y se suelta calor de su boca en las manos. Ve al soldado. Desaparece de la ventana

y vuelve a aparecer con un gorro en la cabeza. La niña abre la puerta de la casa: el soldado cae hacia atrás. La niña pasa por encima del soldado, después de haberse apoyado con una de sus piernas en la barriga. La niña sale a la calle de un salto. El soldado ha reaccionado y se levanta bruscamente: tiene los ojos bien abiertos, y en sus manos el fusil apunta hacia la niña)

**NIÑA.**— ¿Por qué vas vestido así?

(El soldado no responde. Su posición “expectante” la mantiene hasta el final del monólogo de la niña).

**NIÑA.**— No va a hacer daño, ¿verdad?

(El soldado mira a su alrededor. Ahora se da cuenta que es de día).

**NIÑA.**— ¿De dónde vienes?

(El soldado no contesta).

**NIÑA.**— ¿Eres un marciano?

(El soldado se extraña).

**NIÑA.**— Anoche dijeron por la tele que habían visto a tres marcianos a las afueras de la ciudad... ¿Eres tú uno de ellos?

(El soldado calla).

**NIÑA.**— ¿Tienes hambre? Voy a por el pan... si quieres, cuando vuelva, te doy un poquito... ¿me esperas?...

(La niña inicia su marcha. Camina varios pasos. Se para. Mira al soldado. Este ha bajado el fusil. La niña le sonrío. Luego sale corriendo y dando saltos. Queda sólo el soldado).

(De pronto comienzan, al unísono, a oírse la música heterogénea de todos los transistores del barrio. Gran algarabía musical. El soldado se asusta. Da un salto a la calzada, tras haber cogido en ristre el fusil. Apunta a todos los lados. La música se mantiene. Su actitud es de gran desconcierto. Comienzan ruidos de coches, que se suponen en el escenario. El semáforo funciona ya. Coches arrancando. Bocinas. El soldado en medio de la calle hace como que esquiva a los coches).

**Voz conductor 1.º.**— (Se supone de algún conductor airado con el soldado) ¡Imbécil! ¿Por qué no mira a dónde va?

**Voz conductor 2.º.**— ¡Quítate de delante, monigote!

**Voz conductor 3.º.**— ¿De dónde has salido, animal?... ¿De un manicomio?

**Voz conductor 4.º.**— ¡Vete a la acera, cretino!  
¡Que me vas a costar un disgusto!

**Voz conductor 5.º.**— ¡Quítate de enmedio!

**Voz conductor 6.º.**— ¡Me cago en tu...!

**Voz conductor 7.º.**— ¡Está borracho! ¡Fuera!

(El soldado ha estado sorteando a los supuestos coches, mientras miraba a los sitios de donde se suponía venían los improprios de los conductores. Por fin logra alcanzar la acera. El ruido es general, coches, bocinas, radios, voces, etc... va descendiendo. De nuevo en la acera. Sudoroso. Anonadado. Vuelve a sentarse en el escalón de entrada a la casa de la niña).

(Pausa. Silencio).

(Pasa un transeúnte. Un hombre bajito con cuerda y perro. El hombre se detiene ante el soldado. Este levanta la cabeza y mira al hombre. El transeúnte al verse "cogido" inicia su marcha. El soldado se levanta rápidamente. Ataja con su llamada al transeúnte).

**Soldado núm. 6.**— ¡Oiga, señor! Por favor...

(El hombre se detiene, mira al soldado).



**Soldado núm. 6.**— ¿Dónde estoy?

(El transeúnte acentúa la mirada de extrañeza).

**Soldado núm. 6.**— Quiero decir... ¿qué lugar es este?

(El transeúnte no contesta).

**Soldado núm. 6.**— (Con fusil en mano inicia mayor acercamiento al transeúnte). Por favor, sólo quiero saber cómo se llama este sitio. Sabe usted, yo vengo de la guerra. Es decir, yo estaba allí, en la trinchera, cuando sin saber por qué...

(El perro del transeúnte, al sentir el acercamiento del soldado se ha puesto a ladrarle. El soldado, mientras hablaba, apuntaba al perro y miraba al hombre. Luchaba entre el nerviosismo y la ansiedad del encuentro consigo mismo).

(Silencio. El transeúnte le mira con extrañeza y desconfianza. El perro ladra al soldado. Soldado en deseos angustiosos de respuesta).

**Transeúnte.** ¡Calla, Lorry! (El perro sigue ladrando. Le golpea con la correa. El perro calla).

(El transeúnte, sin volver la espalda al

soldado, inicia mutis. Antes de llegar a desaparecer, el soldado insiste una vez más).

**Soldado núm. 6.** (Gritando al transeúnte).  
¡Sólo le pido que me diga dónde me encuentro! ¡Es mucho pedir eso?

(El transeúnte se detiene un segundo. Mira al soldado. Luego hace mutis rápidamente).

(Sólo en escena Soldado núm. 6. Vuelve a su puesto).

(Vuelve la algarabía, heterogénea, musical. Sube el volumen más y más. El soldado suelta el fusil y se echa las manos a los oídos. No lo resiste. Cuando las músicas, o lo que parezcan, llegan a su punto más alto, se cortan bruscamente, para dejar paso a la voz del locutor, que inundará escenario y sala).

**Voz de locutor.** — ¡Atención, ciudadanos! Joven, alístate voluntario y lograrás servir al bien común. Aunque el país esté en paz, es necesario tu apoyo en tierras extranjeras. Da tu nombre y serás avisado cuando se necesite tu entera colaboración. No lo olvides... (La voz se pierde).

(Soldado núm. 6, está firme. Mira al frente, Sus ojos están enteramente abiertos... Posición estática. Vuelve la música. Soldado núm. 6 firme. La música se hace insoportable.

## OSCURO

(Se encienden luces. Ambiente de noche. El escenario, ahora simula un frente de resistencia en la guerra. Una serie de parapetos simulan las trincheras. En escena: Soldado núm. 1, Soldado número 2, Soldado núm. 3, Soldado núm. 4, Soldado núm. 5, Soldado núm. 6, Soldado núm. 7, Soldado núm. 8, Soldado núm. 9 y Sargento. Aún se oyen algunos disparos, al final del supuesto combate artillero. Este flanco es sólo una parte de todo el batallón que se supone concentrado en una colina).

**Sargento.** — ¡Está bien, muchachos...! ¡Por ahora vale! ¡No le hagáis mucho caso a los tiritos del tres al cuarto! ¡Descansad! ¡Guardad fuerzas para el amanecer!... Si fumáis, cuidaros bien de los cigarrillos... ¡Número uno!

**Soldado núm. 1.** — ¡Vivo, señor!

**Sargento.** — ¡Número dos!

**Soldado núm. 2.** — ¡Vivo, señor!

**Sargento.** — ¡Número tres!

**Soldado núm. 3.** — ¡Vivo, excelencia! (Con chunga).

**Sargento.** — ¡El que no te hayan espanzurrado no te da derecho a hacer bromas! ¡Repito! ¡Número tres!

**Soldado núm. 3.** — (Con desgana). Está bien... ¡Vivo, señor!

**Sargento.** — ¡Número cuatro!

**Soldado núm. 4.** — ¡Vivo, señor! (Con voz entrecortada).

**Sargento.** — ¿Estás seguro?

**Soldado núm. 4.** — ¡Sí, señor!

**Sargento.** — ¡Número tres! ¿qué le pasa al número cuatro?

(Silencio!)

**Sargento.** — ¡Número tres...!

**Soldado núm. 3.** — Nervios...

**Sargento.** — Señor...

**Soldado núm. 3.** — Señor... nervios, señor...

**Sargento.** — ¡Que se fume un cigarrillo! ¡Número cinco!

**Soldado núm. 5.** — ¡Vivo, señor!

**Sargento.** — ¡Bien, muchacho, sigue así...! ¡Número seis!

(Silencio).

**Sargento.** — ¡Que pasa número seis! ¡Te has dormido).

**Soldado núm. 3.** — (Muy serio). Está tieso, señor...

(Silencio largo).

**Sargento.** — ¡Número siete!

**Soldado núm. 7.** — ¡Vivo, señor!

**Sargento.** — ¡Número ocho!

**Soldado núm. 8.** — ¡Vivo, señor!

**Sargento.** — ¡Número nueve!

**Soldado núm. 9.** — (Calla).

**Sargento.** — ¡Número nueve!

**Soldado núm. 9.** — ¡Vivo, señor!

**Sargento.** — ¡Bien, muchachos, esta vez ha habido suerte! ¡Descansad todos menos número tres! ¡Número tres!

**Soldado núm. 3.** — ¡Señor!

**Sargento.** — ¡Dos horas de guardia, luego se turnarán Soldado núm. 5 y núm. 6!

**Soldado núm. 3.** — ¿Señor?...

**Sargento.** — ¿Alguna duda?

**Soldado núm. 3.** — ¿Cómo hago el milagro?

**Sargento.** — ¿Qué broma es esta?

**Soldado núm. 3.** — El número seis está frito...  
(Silencio).

**Sargento.** — ¡Que le sustituya el número nueve!  
¡Número nueve!

**Soldado núm. 9.** — ¡Entendido, señor!

**Sargento.** — ¡Número tres!

**Soldado núm. 3.** — ¡Señor!

**Sargento.** — Hazte cargo de éstos! ¡Voy a dar el  
parte al capitán!

**Soldado núm. 3.** — ¡Bien, señor!

OSCURO

Tener dolor de cabeza no es una cosa del otro mundo, y Daniel Zujnglio lo tenía muy agarrado a la frente y a las sienas, mientras un transnochado hilito incoloro, dolorcillo masoquista, se le subía desde todo el esternocleidoccipitomastoideo, hasta las mismísimas raíces de los cabellos que se le incrustaban en la parte alta de su frente. El conjunto, pues formaba un claro casco de dolor incoloro. “¡Mi querido Daniel Zujnglio, qué mal lo pasas!”... está a punto de salir a escena y un martilleo continuo parece haberse alojado en el cerebro. Aprieta su cabeza con ambas manos y espera el alivio, pero un zumbido que le penetra por los oídos y le sale por la boca, que tiene abierta, le produce ganas de vomitar. Un esfuerzo del diafragma y aguanta las arcadas pero una inopinada tos le hunde en un sádico ritmo servil del tórax. Una ráfaga de tos que le hace dar con sus huesos en el suelo. Allí sigue tosiendo hasta terminar enroscado. De su boca sale una baba sanguinolenta que al caer al suelo mancha en semicírculo. Los tosidos del pobre Daniel Zujnglio tomaron un giro marcadamente musical. Al principio habían sido monótonos, monocordes, pero perfectos “do” de pecho. Luego subió un semitono, para más tarde en



un compás de tres por ocho, utilizar todas las notas de la octava con acordes y trinos perfectamente armonizados. Del allegretto piano pasó al allegro utilizando esta vez el forte. Tosió una escala muy lento, luego, allegretto animato, ff sostenuto, mf, meno, gracioso... Alrededor del convulso cuerpo de Daniel Zujnglio se había reunido el grueso de la compañía que en ese momento no estaba en escena. Ninguno de los compañeros sabía o no había pensado qué hacer cuando la tos había tomado visos de ronca y sonora carcajada. Por fin alguien se decidió a recogerlo del suelo, y en volandas, entre más de cuatro, y aún Daniel Zujnglio, agarrotado, aferrado fieramente a la perruna tos, fue sacado afuera del teatro y tras haber alguien parado un coche fue llevado a la clínica de urgencia más cercana.

5-Mayo

Amigo José Manuel:

¿Es verdad que es más fácil evadirse, formar esferas y más esferas, globos y más globos, inflados todos ellos de rosadas utopías? ¡Qué maravilloso sería poder llegar a desterrar los colores hipócritas! ¡Los colores que engañan y truecan la verdad en bonitas mentiras! ¡Y las aceptamos!

¿Por qué el viento no es más cálido? Siento como el cansancio se apodera de mí. La nariz la tengo obstruída y los senos frontales no dejan de dolerme. La respiración me atormenta y los ojos los tengo demasiado enrojecidos. Quizá mañana pueda escribirte otra carta. Espero que para entonces el resfriado se haya desembarazado de su crisis.

Un fuerte abrazo,

**Daniel**

### MUERE EN ESCENA

Bilbao, 7.—En la última función de ayer en el Teatro Gaiarre, durante el desarrollo del primer acto de la obra teatral "Ezrael Román", el actor Daniel Zujnglio resultó muerto en el acto. El accidente ocurrió en plena representación, cuando inopinadamente, sin causa que aún hoy pueda justificarse, una parte del decorado se derrumbó alcanzando al actor. La reacción del público, en un principio de sorpresa, tornóse a los pocos segundos en hilarante carcajada ante lo insólito de la situación.

Parte del personal del teatro que irrumpió en el escenario con ánimo de normalizar la situación, tuvo que observar, con sorpresa, que el joven actor no se recuperaba. Trasladado urgentemente a la Casa de Socorro más cercana hubo de certificarse su ingreso ya cadáver.

La Compañía, en señal de luto, ha notificado que no habrá representaciones hasta la próxima semana.

Y Laura se casó con Ezrael Román. Pero Laura comenzó aquella misma tarde a desvincularse de lo real. Adelgazaba por días, un poco más y habría dado a luz un niño de cristal.

Su piel fue poco a poco resbladeciéndose, requesón el cuerpo, transparencia sus cabellos. Y desde ellos hasta la planta de los pies se posesionó Laura del no estar, pues del ser lo fue de Ezrael, que con el mismo peso ya sobre él, llevaba muchos cuerpos.

Y el despertador hizo tics y señaló la hora prevista pero sin su acostumbrada llamada de atención larga y martilleante. Ezrael Román abrió sus ojos pequeños y mantuvo su mirada en la figura alargada del techo. La humedad había empezado desde el vértice más cercano a la ventana y había extendido sus dominios hasta muy cerca del armario. Era simplemente una figura alargada y grácil pero no recordaba a nadie ni a nada y por eso le llamaba tanto la atención. Puso Ezrael de un salto los pies en el suelo y sin cubrirse, en cueros, fue hasta la cocina. Se le oyó desde la habitación abrir el grifo del agua y mo-

ver cacharros. Volvió a los cinco minutos y se echó encima de las sábanas y se dejó dormir de nuevo. El silbido de la cafetera le despertó. Sobresaltado, bailándole gacho el sexo, corrió hacia la cocina.

Se había desayunado y duchado y ahora acababa de dar un portazo al salir. La puerta, duda o no, a veces no cerraba y había que estamparla bruscamente o arreglar la cerradura. Y bajó los peldaños de la puerta de la casa, y salió a la calle, y se fue en dirección al Hospital Central. "Posiblemente a estas horas ya soy padre. ¿Cómo estará Laura?"

Laura había dado a luz un varón frágil y coloradito, pero, débil como estaba la madre, el retoño hubo de ser trasladado a una incubadora. Tan poco dejó Laura en el pequeño, y tan poco de sí misma tenía, que abierta la ventana, en un instante, vuelto del revés un mal viento, como si fuera una fina hoja de papel, se balanceó primero en el ambiente y, luego, planeando lenta y suavemente, se fue por entre la pequeña abertura de la ventana hasta el amplio patio del Hospital Central. Allí trabó amistad con las hojas caídas de los árboles, con el polvo venido de las montañas, y aprendió a huir de la lluvia, del frío y del sol, y se quedó acurrucada en un rincón del rellano de las escaleras de acceso a los sótanos. En el rellano estuvo todas las mañanas de la primera semana, pues las tardes y las noches se colaba por debajo de la puerta de hierro y se abrigaba al socaire del felpudo. Al cabo de la semana, la bota de un pie la raptó y la llevó lejos, y muy cerca del mar la dejó. Laura se acostumbró al ruido de las olas batiendo contra las rocas, a

los pescadores, a las algas y a la arena rubia de la playa, pero nunca se acercó a la humedad del mar. Hoy, una casualidad, Ezrael Román había comprado una corona de coral para su hijo, y en uno de los cráteres encontró a Laura. El encuentro fue sencillo como los entierros de los pobres. Ezrael la miró a los ojos y luego la besó con gran felicidad en uno de los hoyitos de sus mejillas. Ezrael cerró las ventanas, taponó rendijas y rotos y encendió las luces de la casa. Luego se acostó a dormir el cansancio de la espera y se durmió tan profundamente que estuvieron sus párpados cerrados cien días y cien noches. Al final de los cuales abrió sus ojos, pero ya no estaban allí, estaban en la corona de coral y la miraban fijamente. Y sin ojos pensó en Praxes Dato el ciego desaparecido hacía ya tiempo.

Y deseó su compañía.

Ahora podemos ver muchas mañanas, hacia las doce, a Ézrael Román sentado en el parque de los “Cien Olores”, con la mirada inexistente, paladeando el gusto de los paseos con el suave sentido de los oídos, cogido de la pequeñita mano de Ézraelín, única heredad dejada por Laura. Y quizá algún día, si vivimos para verlo, se le pueda ver envuelto en un mullido aletear color esmeralda y elevarse por entre las nubes grises que cubren la ciudad.

Elevarse ya para siempre.



Quizá, cuando Ezraelín termine de crecer

SERIE *la voz en el laberinto*

- 1 *Poemas Eróticos*, de Constantino P. Cavafis (\*)  
(Versión de Lázaro Santana)
- 2-3 *Monólogos*, de J. J. Armas Marcelo (\*)
- 4 *Tal vez mañana*, de Claudio Rizzo (\*)  
(Traducción de Eugenio Padorno)
- 5 *Papé Satán*, de Manuel Padorno  
(2.<sup>a</sup> edición)
- 6 *Primera Exposición*, de José Batlló (\*)
- 7 *El Avaro*, de Luis Loayza (\*)
- 8 *Cierra los ojos y abre la boca*, de José Miguel Ullán
- 9 *Por el momento*, de Heberto Padilla
- 10 *Transparencias fugadas*, de Pedro García Cabrera
- 11-12 *Los monstruos prestigiosos*, de Juan Antonio Gaya  
Nuño (\*)
- 14 *Breves acotaciones para una biografía*, de Angel  
González
- 15 *Historia antigua*, de Roberto Fernández Retamar
- 16-17 *Cada cual arrastra su sombra*, de Víctor Ramírez
- 18 *Scherzos pour Nathalie*, de J. J. Armas Marcelo
- 19 *Overdose*, de Severo Sarduy
- 20-21 *Crónica de todos nosotros*, de Luis León Barato (2.<sup>a</sup>  
edición)

(\*) *Agotado*

### SERIE inventarios de bolsillo

1. *La franja luminosa*, de Manuel Andújar
2. *La canción del morrocoyo*, de Alberto Omar (2.<sup>a</sup> edición).
3. *Dos gardenias para Miguela Carabela*, de Felipe Orlando

### SERIE letras a su imán

1. *Agresión a la realidad: Mario Vargas Llosa*, de varios (ensayos sobre la obra del novelista peruano)
2. *Aislada Orbita*, de Rafael Franquela (antología de la actual narrativa de Canarias)
3. *Usuras y figuraciones (poesía 1952-72)*, de Carlos Barral

### EN PRENSA

4. *Mephiboset en Onou*, de Carlos Edmundo de Ory (acésit del Premio Canarias de novela 1973).

### EN PREPARACION

5. *Goya*, de Artur Lundkvist (traducción de Francisco Uris).



# inventarios provisionales editores

Ezrael Román, de la mano de Alberto Omar, entona una canción mínima, la del morrocoyo, como en Canarias se llama a la pequeña tortuga; un bicho que sin más compañía que la noche convierte los estanques en cajas de resonancia. El morrocoyo es también un animal con los ojos muy abiertos y en sus brazadas recuerda a estos personajes de farsa que en la canción de Omar se nos presentan; unos personajes llenos de movimiento y de vida, a los que Alberto ha infundido el sentido del humor de que está cargada toda su contemplación crítica de la vida, inevitable exigencia de todo novelista. Pero hay más: la ironía. Algo que también saben usar los hombres sanos como Alberto, incapaces de herir y sutiles en la defensa. Una ironía sin agresividad, no por falta de poder —está en posesión de todos los recursos— sino por todo el amor que vuelca este hombre, en cierto modo seráfico, que puede tener virtudes tan antipáticas y tan poco rentables como la sencillez y defectos como el escepticismo. Todo ésto lo hace hombre de pocas algaradas, de los que guardan la pólvora de las salvas no se sabe para qué ocasión. Hasta él mismo lo ignora.

Desde el punto de vista del lenguaje, "La canción del morrocoyo" es también una novela atrayente, porque las palabras afloran a borbotones, con un decantado acento que mantiene los resortes más íntimo del ritmo de este texto novelístico, incorporando palabras de uso habitual por nuestras islas a unos contenidos de indiscutible interés universal. A veces el humorismo se origina en la pura expresión y la sorpresa se traduce en la carcajada inesperada que a continuación, como a los personajes de la novela, nos exigirá fruncir el ceño y descubrirnos con dolor.

FERNANDO G. DELGADO